

Los 7 *Ensayos* en su tiempo y en el nuestro: consideraciones historiográficas y políticas sobre el socialismo de Mariátegui y el de los otros

*A mis queridos Aricó y Portantiero
porque nos siguen acompañando hacia la ciudad futura*

I. La «Revolución en Occidente» y el Partido Socialista en el Perú. II. Los socialistas latinoamericanos frente a la II y III Internacional. III. La lucha por el poder en Moscú llega a la primera Conferencia Comunista Latinoamericana. IV. Mariátegui y la ideología de la Comintern durante y después de la presentación de las Tesis. V. Entre la «Acción voluntarista del socialismo» y la «Hegemonía política»: la herencia compartida de Mariátegui y Gramsci

I. LA «REVOLUCIÓN EN OCCIDENTE» Y EL PARTIDO SOCIALISTA EN EL PERÚ

Voy a considerar los 7 *Ensayos* en el horizonte cultural y político de la obra de Mariátegui especialmente en relación con sus Tesis presentadas en la primera Conferencia Comunista Latinoamericana. Las discusiones que siguen suscitando no son para nada casuales: se trataba de uno de los resultados para «*la acción socialista*» que representan una síntesis militante de su pensamiento el cual, partiendo de Marx, se entrecruza y alimenta con toda la tradición cultural peruana y latinoamericana y con distintos aportes de sus contemporáneos europeos, de Sorel a Lenin, de Spengler a Bergson, de Barbusse a Freud o Bucharin, como puede entenderse volviendo a leer de manera *unitaria* también los escritos recogidos en *Defensa del marxismo* o los artículos sobre el liberalismo crítico de Piero Gobetti o el exilio de León Trotsky. Desde esta perspectiva los 7 *Ensayos* y las Tesis exorcizadas y olvidadas (y justamente re-editadas en estos días por Sandro Mariátegui bajo el título de *Ideología y Política* como Octavo ensayo en las ediciones populares de la biblioteca Amauta), constituyen la versión actualizada para Perú y América Latina de su concepción y práctica del socialismo entendido no como «calco y copia» de las experiencias que había observado en Europa.

Insistamos en lo que ya había visto José Aricó: Mariátegui combatió con razonada obstinación hasta el final de sus días, incluso contra la opinión de algunos de sus compañeros y la presión abrumadora –confirmada como veremos con nuevos y muy sorprendentes datos– de los dirigentes enviados a Suramérica desde Moscú, en el carácter sustantivo e innovador de su partido como socialista, popular (*no* aprista) y autónomo, respecto a las incontrolables imposiciones ideológicas y operativas impuestas a los latinoamericanos por la III Internacional progresivamente «bolcheviquizada». Mariátegui había entendido –como Juan Bautista Justo en Argentina– que por una serie de motivos, no sólo coyuntu-

rales, el hecho de que el partido socialista naciera años más tarde respecto a los partidos europeos le permitía beneficiarse de «una experiencia ya acumulada», de tener *otro* punto de partida y evitar cismas y rupturas ulteriores que se habían revelado errores de precipitación, fruto del «inmediatismo» taticista. «Empezamos treinta años después de los partidos socialistas europeos –explica Justo en el discurso de fundación del Partido Socialista en 1896– y, puesto que comenzamos más tarde, debemos empezar mejor, aprovechando de toda la experiencia ya acumulada en el movimiento obrero universal. Poco haríamos si nos diéramos el mismo punto de partida que tuvieron las ideas socialistas en Europa».¹

Por otra parte –como ha considerado Alberto Flores Galindo– el partido socialista pensado y preparado por Mariátegui durante más de una década era «imprescindible para introducir en el Perú esa especie de planta europea que era el socialismo; pero el partido no era exactamente el inicio de esa tarea, sino casi su estación final. La idea juvenil intuía en Perú, madurada en Europa, debía discutirse y prepararse al regreso en 1923. Es en ese derrotero que se inscribe el proyecto de *Amauta* y toda la labor publicista desplegada por Mariátegui. También sus conferencias en la Universidad Popular González Prada y sus charlas con los jóvenes dirigentes obreros y campesinos. El partido exigía el desarrollo de la <<conciencia de clase>>».²

En el breve lapso entre 1928 y las primeras semanas de 1930 Mariátegui, asediado por las circunstancias nacionales e internacionales, dio su contribución más importante al desarrollo del socialismo en Perú. No sólo publica los *7 Ensayos* sino, que como recuerda Julio Cotler, rompe definitivamente y por razones claramente políticas con Haya de la Torre y el Apra, define a su revista *Amauta* como «socialista», promueve la fundación de la Confederación General de Trabajadores del Perú y de su órgano de prensa, *Labor*. Algunos de estos antecedentes de las luchas sindicales en Perú están resumidos y explicados en el «Documento presentado al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latino Americana» de Montevideo, en mayo de 1929 presentado a los asistentes por el colaborador de Mariátegui y Secretario Sindical del Partido Socialista Peruano, Julio Portocarrero.³

Por todo ello deseo subrayar aquí, en presencia de ustedes que participan en este Simposio Internacional, la feliz coincidencia de que en estos días se cumplan también los ochenta años de la fundación del Partido Socialista Peruano, que de todas las experiencias y reflexiones de Mariátegui es una consecuencia directa, comenzando por su misma definición de «socialista» cuya distinción respecto al nombre de «comunista» fue objeto de una deliberada decisión tanto teórica como política, inclusive a nivel internacional.

1. Juan B. Justo, *Discursos y Escritos políticos*, editorial El Ateneo, Buenos Aires 1933. Sobre la experiencia argentina de Justo (tema que abordaré más adelante) remito a la propuesta interpretativa de José Aricó, «La tradición socialista», citado por Juan Carlos Portantiero, *Juan B. Justo, un fundador de la Argentina moderna*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 1999 y José Aricó, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Sudamericana, Buenos Aires 1999.

2. Alberto Flores Galindo, «Entre el Apra y la Internacional: el Partido Socialista», ahora en Id. *Obras Completas*, ediciones Fundación Andina y Sur Casa de Estudios del Socialismo, vol. II, Lima 1994, p.464. Pero léanse las pertinentes observaciones de José Aricó, «Mariátegui y la formación del Partido Socialista del Perú» en *Socialismo y participación*, N° 11, dedicado en Homenaje a José Carlos Mariátegui a cargo de Aricó, Cedep, Lima 1980, p.98.

3. Julio Cotler, *Clases, Estado y Nación en el Perú* (1978), Instituto de Estudios Peruanos, Lima 2006, p.203.

En efecto, el 16 de septiembre de 1928 siete compañeros convocados por el Amauta se reunieron (en el camino a La Herradura) para decidir los tiempos y los modos de la fundación socialista: los obreros Portocarrero, Hinojosa, Borja y Navarro, junto con el vendedor ambulante Bernardo Rejtman y Ricardo Martínez de la Torre. Reunión preparatoria –a la que el propio José Carlos no pudo asistir– que convocó con mayor precisión a un encuentro ulterior para el 7 de octubre en la casa del ferroviario Avelino Navarro (en Barranco) y a la que además de los ya citados acudieron Luciano Castillo y un joven universitario del norte, Chávez León. Se acordó constituir el grupo político del Partido Socialista y, sobre la base de todas las indicaciones recibidas, se designó a José Carlos como Secretario general y a Julio Portocarrero como Secretario sindical.⁴

Rindamos, pues, un homenaje a la memoria de esos compañeros fundadores.

El surgimiento del PSP marcaba la voluntad política de encontrar un espacio organizado y coherente tanto respecto al Apra como a otras organizaciones de inspiración nacionalista, marxista o socialista ya existentes. Tal es el caso del grupo del Cusco que mantenía contactos con el Buró Sudamericano de la Internacional y que se constituyó pocos meses después, en 1929, como grupo dispuesto a apoyar la constitución de un Partido Comunista del Perú. También existían grupos apristas que se oponían a la constitución llevada a cabo por Haya de la Torre en México del Partido Aprista Peruano, y del Partido Nacionalista Libertador después, pero a la vez discrepaban con la formación de un partido limitado a la clase obrera. La solución planteada por Mariátegui de crear un Partido socialista, concebido como una organización clasista basada en los trabajadores pero extendido a las comunidades indígenas organizadas y «en cuya formación y orientación se esforzará tenazmente por hacer prevalecer sus puntos de vista revolucionarios y clasistas», era –bajo tantos puntos de vista– una concreta novedad. La apertura internacional del partido además del vínculo con la Comintern (siempre buscado y mantenido, como veremos, en términos de segura autonomía ideológica y organizativa a nivel interno), implicaba relaciones con otros partidos socialistas del continente o con personalidades como Henri Barbusse en Francia y las revistas organizadas en su alrededor como *Clarté* y *Monde*.⁵ Teniendo en cuenta que una de las enseñanzas mayores de Mariátegui tal como se lo confesaba a Samuel Glusberg en uno de sus últimos escritos (del 11 de marzo de 1930) refiriéndose a su *Defensa del Marxismo*, pero que yo extiendo a toda su elaboración teórico-política, es la de haber sido concebida y practicada bien lejos «de todo pedantismo doctrinal y de toda preocupación de ortodoxia».⁶

En suma: la colocación internacional del Partido socialista viene declarada en la formulación de los «Principios Pragmáticos»: «El Partido Socialista Peruano adapta su praxis a las circunstancias concretas del país; pero obedece a una amplia visión de clase y las mismas circunstancias nacionales están subordinadas al ritmo de la historia mundial. La

4. De las diversas versiones acerca de la fundación y del rol del «comité organizador» he adoptado la que propone Flores Galindo en el ya citado artículo «Entre el Apra y la Internacional: el Partido Socialista», ahora en Id. *Obras Completas*, vol.II, op.cit., p.473/74.

5. Como ha sido anotado por Antonio Melis, «El diálogo creador de José Carlos Mariátegui», en José Carlos Mariátegui, *Correspondencia*, editora Amauta, Lima 1984, p.XXXIV:

6. Carta de José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg, Lima 11 de enero de 1930, ahora en Horacio Tarcus, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, Ediciones El Cielo por Asalto, Buenos Aires 2001, p.198.

revolución de la Independencia hace más de un siglo –sintetiza Mariátegui– fue un movimiento mancomunado de todos los pueblos subyugados por España; la revolución socialista es un movimiento oprimido por el capitalismo. Si la revolución liberal, nacionalista por sus principios, no pudo ser actuada sin la estrecha unión entre los países sudamericanos, fácil es comprender la ley histórica que, en una época de más acentuada interdependencia y vinculación de las naciones, impone que la revolución social, internacionalista en sus principios, se opere con una coordinación mucho más disciplinada e intensa de los partidos proletarios.⁷

Denominar, en 1928, nótese bien: una década después de que Lenin le cambiara de nombre al Partido Socialdemócrata Ruso de los Trabajadores en Partido Comunista, tenía para Mariátegui y para los «socialistas» todavía existentes también en el resto de América Latina una enorme, concreta relevancia.

Recordemos que para quienes la vieron surgir y configurarse en sus distintas etapas –como fue el caso del Amauta– la revolución en Rusia comenzó con la «revolución de febrero» de 1917 que llevó a la abdicación del zar Nicolás II y la formación del gobierno provisional. Revolución que culmina con la inesperada aceleración, en la propuesta y el logro de *nuevos* objetivos, alcanzados en el octubre de ese mismo año, con la toma del poder emblemáticamente representado en el Palacio de Invierno.

Mariátegui sabía bien –y el hecho parecía muy interesante desde *su* perspectiva peruana– que la revolución rusa, posteriormente denominada, transfigurando la realidad, como «dictadura del proletariado y de los campesinos pobres», había tenido como protagonistas en un 85% a los campesinos (no sólo pobres) y apenas un 3% de proletariado industrial, con lo cual fue en sus diferentes realizaciones en los diversos espacios de la «gran Rusia» tanto una revolución urbana y socialista, como una revolución anti-feudal con contenidos democrático-burgueses o modernizadores en el campo. El debate sobre las dos etapas, la anti-feudal y la socialista de la revolución había sido intenso durante todo el año que comenzó con la revolución de febrero. Para muchos, incluso algunos bolcheviques, la instauración de la perspectiva socialista en ese momento era imposible si no se agotaba (o por lo menos se avanzaba en) la etapa democrático-burguesa.

Lenin sostenía, como lo indicó en las *Tesis de abril*, que se trataba de «superar» rápidamente la revolución de febrero y lograr el derrocamiento del sistema burgués por parte de los trabajadores. Debía combatirse el gobierno provisional y todas las ilusiones socialistas de unidad: en un discurso Lenin empleó la misma frase de Rosa Luxemburg en contra de los socialdemócratas alemanes: el gobierno era «un cadáver hediondo». Al día siguiente de la publicación de las *Tesis* de Lenin, Lev Kamenev escribía críticamente en la *Pravda*: «Consideramos inaceptable el esquema general del camarada Lenin porque se funda en la idea de que la revolución democrático-burguesa ya ha terminado y porque prevé la inmediata transformación de esta revolución en una revolución social».⁸

Deliberada ambigüedad entre el nombre (y la idea) de lo «socialista» y lo «comunista» que culmina en las consignas, que darán la vuelta al mundo, acuñadas por Lenin para interpretar y divulgar la revolución en curso comentada en vivo por él mismo. Al comien-

7. José Carlos Mariátegui, «Principios Pragmáticos del Partido Socialista» (1928), ahora en *Ideología y Política*, publicada como Octavo ensayo en la edición popular de *7 Ensayos*, Lima 2008, p.463.

8. Lev Kamenev, «Nuestras Divergencias», cit. en Sheila Fitzpatrick, *La Revolución Rusa*, Siglo XXI editores, Buenos Aires 2005, pp.84-85.

zo fue en las palabras que pronunció regresando, después de diez años de exilio, desde Suiza en la estación de Finlandia, en Petrogrado. Al bajar del tren, Lenin exclamó: «Queridos camaradas, soldados, marineros y obreros. Me siento feliz de saludarlos en nombre de la victoriosa revolución rusa, de saludar a la vanguardia del ejército proletario internacional [...]. La revolución rusa que han hecho ustedes ha abierto una nueva época. ¡Larga vida a la revolución socialista mundial!». Y al día siguiente, desde el balcón del segundo piso de la sede del partido, Lenin volvió a insistir: «A partir de ahora comienza una nueva fase en la historia de Rusia. La tercera revolución rusa será la cumbre de la victoria socialista [...]. Poseemos la fuerza de las masas organizadas capaces de superar todos los obstáculos y conducir al proletariado a la revolución mundial. Ahora hay que construir un Estado del proletariado en Rusia. ¡Larga vida a la revolución socialista del mundo!».

Sin embargo, frente a esta prometedora definición ideológica, y en la espera del anunciado (como inmediato) futuro europeo y mundial de la revolución, lo que terminó por prevalecer en ese comienzo de siglo fue la división de todos los socialistas entre reformistas y revolucionarios, trágicamente opuestos frente a las guerras inter-imperialistas y al surgir de la dictadura no sólo en Italia, sino a su extenderse en toda Europa, hundiendo definitivamente las ya precarias instituciones liberales.⁹

La excepcional conmoción suscitada por la revolución que entrará en la propaganda soviética como la Gran Revolución Socialista de Octubre, había sido precedida por una de las mayores decisiones tomadas por Lenin en la Séptima Conferencia (precedentemente prevista, pero cancelada, para el 17 de octubre del año 1917) que tuvo lugar en marzo de 1918 cuando el jefe de la minoría bolchevique logró que «se cambiara el nombre» del Partido Obrero Socialdemócrata por el de Partido Comunista Ruso. Trastocando los términos de lo que se consideraba (hasta entonces) como una posible revolución socialista, con los de «revolución comunista» introdujo de golpe un objetivo del todo nuevo a su organización, proponer desde un comienzo la meta final: realizar el comunismo. Este cambio (sólo) nominal, de la relación táctica/estrategia, desconcertó a todos los socialistas europeos y occidentales en general, incluyendo los latinoamericanos. De hecho, Lenin, que era uno de los mayores dirigentes del socialismo no sólo en Rusia, seguía calificándose como tal y pregonando que era necesario luchar por la «*revolución socialista europea*».

Con una afirmación teórico-política de incalculables consecuencias para los socialistas (y no sólo para los italianos –y para el observador-periodista Mariátegui– presentes en el Congreso de Livorno de 1921), Lenin había argumentado –sobre todo en su libro *El Estado y la revolución*– que el «socialismo» era sólo la *primera etapa* del avance hacia el post-capitalismo que llevaba (que habría llevado) al comunismo. De tal suerte que desde esta formidable y totalmente innovadora confusión ideológica era (y fue) posible o casi *tácticamente necesario*, llamarse al mismo tiempo «socialista» y «comunista».¹⁰

9. Sobre la catastrófica crisis del sistema liberal, como concausa del fascismo y de las dictaduras, fue de gran relevancia la lectura que Mariátegui hace de los ensayos de Piero Gobetti que le permiten entender críticamente la relación entre liberalismo y socialismo en Italia y en Perú (países en los cuales el liberalismo había mal nacido, para no decir abortado antes de nacer). Pero cfr. A.Filippi, «Gobetti e Mariátegui: rivoluzione liberale e rivoluzione socialista», en *Teoría Política*, año XVIII, N° 1, Turín 2002, pp.73-94 y el cap. II de Id. *De Mariátegui a Bobbio. Ensayos sobre socialismo y democracia*, ediciones Minerva, Lima 2008.

10. Sobre la composición de clases (campesinos/proletariado) en el comienzo de la revolución y sus consecuencias, en los años sucesivos que determinaron la caracterización del todo «inimitable y no exportable» en Europa occidental y América latina de ese modelo, véase la reciente interpretación crítica de Andrea Graziosi, *L'Urss di Lenin e Stalin. Storia dell'Unione Sovietica 1914-1945*, il Mulino, Bologna 2007.

Mariátegui estaba bien consciente de los peligros que desde el punto de vista de la teoría de la revolución implicaba aceptar y practicar esa confusión, entre «etapas» y relativas calificaciones, y la rechazaba. Por otra parte, o si se quiere, ante todo, para el Amauta, no ponerle a su partido en Perú la etiqueta del nombre de «comunista» era una forma de rechazar las famosas «21 condiciones» que habían sido codificadas en 1920 y cuya aceptación era indispensable para ser miembros de la Internacional Comunista. Algunas de estas condiciones eran muy difíciles, y hasta imposibles, para aplicarlas por parte de una organización política como la que estaba tratando de constituir Mariátegui que se proponía actuar, con «realismo revolucionario», en las condiciones históricas tan peculiares como las que protagonizaban las fuerzas sociales, obreras y campesinas del Perú.¹¹

Además, el «partido comunista», un partido realmente «bolchevique» («bolcheviquizado» como se decía entonces) debía poner en práctica las ulteriores reglas decididas por el V Congreso de la Comintern (1924) y por el V Plenum de su Comité Ejecutivo (1925) que establecían: el comunista «debe ser un Partido centralizado, que no deja espacio a facciones, tendencias, grupos», puesto que su objetivo supremo es el de ser «un partido bolchevique mundial [totalmente unido] y homogéneo, permeado de las ideas del leninismo». Este tipo de organización vertical y centralizada a nivel internacional debía favorecer el logro de uno de los objetivos mayores fijado por el Comité Ejecutivo de la Comintern, es decir, la lealdad incondicional de los comunistas extranjeros llamados a defender al PCUS y los intereses prioritarios de la URSS en contra de los «enemigos» de clase internos y externos.¹²

Mariátegui entendía que el ajuste cada vez más rígido, tanto desde el punto de vista ideológico como burocrático impuesto también a los latinoamericanos por la Internacional a través de los «funcionarios de partido» (la palabra rusa que se volvió célebre era *apparatchik*), debía colocarse y entenderse en el ámbito de las luchas internas por el control del poder después de la muerte de Lenin (enero de 1924) que tuvo en el triunvirato Zinoviev, Kamenev y Stalin (la «Trojka») el eje del poder ejercido por el emergente monolitismo ideológico que establecía la línea de turno, especialmente para combatir a Trotski y el «Trotskismo» que se comenzaba a difundir en las filas del comunismo internacional, llegando hasta las Américas.¹³

Mariátegui también sabía, en el año de la publicación de los *7 ensayos* y de la fundación del Partido socialista, que había transcurrido una década llena de acontecimientos de enorme relevancia después de la revolución de octubre. Ante todo el «mito bolchevique» –como lo denominó George Sorel–, el mito de la revolución de Lenin que tanto entusiasmó a Mariátegui y al joven Gramsci junto a sus compañeros del *L'Ordine Nuovo*

11. En realidad las «veintiún condiciones», cuando fueron redactadas por el propio Lenin, eran diecinueve e imponían conductas políticas muy selectivas y rigurosas para la «purificación de los residuos socialistas»: expulsar a todos los reformistas y centristas; apoyar la Unión Soviética; autodenominarse «comunistas» y prepararse para las actividades políticas y militares clandestinas. Las «Veintiún condiciones» se pueden leer en Aldo Agosti, *La Terza Internazionale. Storia Documentaria*, vol. I, Editori Riuniti, Roma 1974, pp.285-291.

12. Jane Degras (a cargo de), *Storia dell'Internazionale comunista attraverso i documenti ufficiali*, 2 vols, Feltrinelli, Milán 1975, vol.1, pp.191-2.

13. Ian D. Thatcher, «voz» Trotskismo (y la bibliografía allí indicada) en el *Dizionario del Comunismo*, a cargo de Silvio Pons, Robert Service y Einaudi, Vol II, Torino 2007.

porque había logrado romper el esquema marxiano de la «lógica del capital»¹⁴, ese mito del «modelo leninista» no había sido suficiente para movilizar a las grandes masas obreras y expandirse hacia Occidente. La gran ola revolucionaria que, sobre la base de una tan esperada como inminente repetición del Octubre soviético –que originó entre 1919 y 1921 el nacimiento de los partidos comunistas– no se extendió en Occidente, no logró alcanzar ni Alemania, ni Hungría o Austria, Baviera, Eslovaquia o la misma Italia del «*biennio rosso*».

En vez de la «revolución socialista europea» como prólogo y epicentro de la «revolución mundial», se había llegado –observa el bien informado Mariátegui– al objetivo mucho más reducido, y casi opuesto, de ir construyendo el «*socialismo en un solo país*». La nueva doctrina –concebida por Bucharin en noviembre de 1923– se comenzó a teorizar precisamente *después* del fracaso de la insurrección comunista en Alemania y la formalizó luego el propio Stalin en diciembre de 1924 y la ratificó y explicó en escritos y discursos hasta finales de 1926. Reconocido el hecho de que en Europa el «momento revolucionario había sido sustituido por el reflujo general de la marea revolucionaria», se declaraba que la revolución comunista debía ser considerada en una visión estratégica más bien de largo plazo, en una perspectiva de futuro que duraría inclusive decenios.¹⁵

En fin, los años en que se publican los *7 Ensayos* y se realizan el Congreso de la Confederación Sindical Latinoamericana en Montevideo (mayo 1929) y la Conferencia Comunista Latinoamericana (junio 1929), son los mismos en los cuales se elaboró y se impuso en la Comintern la teoría del «socialfascismo» que dominó en la política internacional de los comunistas hasta 1934, año en el que se cambiará de nuevo la orientación con la formulación de la doctrina llamada del «Frente Popular». Son tiempos de una inaudita radicalización de la lucha denominada de «clase contra clase» donde había espacio solo para ser/estar con la clase obrera y combatir cualquier segmento de la base social que pudieran representar (incluso a nivel municipal) los socialistas, las clases medias o las burguesías en todos sus matices desde la «pequeña» hasta la «nacional».

14. «Capital» entendido como proceso real de la historia en los países industrialmente avanzados de Europa (Inglaterra, Francia, Alemania) y «capital» como título de la obra de Marx que analiza el desarrollo de las «*leyes que se cumplen con férrea necesidad*» impuestas por el modo capitalista-burgués de producción y relativa crítica de esa economía política. El célebre artículo de Gramsci, «La rivoluzione contro Il capitale» (del 24 de noviembre de 1917) viene concebido desde una perspectiva, seguramente compartida por Mariátegui, que implica «pensar» la posibilidad de realizar la revolución (en Italia o en Perú) según «cánones» y esquemas *no* previstos por Marx. Ulteriores consideraciones en la relación teórico-política entre «mito» y «revolución» en Europa e Indoamérica en A. Filippi, «Sorel, Gobetti, Mariátegui: teorie e forme del mito politico» en *Georges Sorel nella crisi del liberalismo europeo*, (a cargo de) Giovanna Cavallari y Paolo Pastori, collana del Dipartimento di Scienze giuridiche e politiche, Università di Camerino, Camerino 2001.

15. Pero véase Jon S. Jacobson, voz «Socialismo in un solo paese», en *Dizionario del comunismo*, op. cit. Vol II, Torino 2007. Para las consecuencias políticas en las Américas remito al reciente ensayo de Ian D. Thatcher sobre *Trotsky*, Routledge, Londres 2003 así como a los trabajos publicados por Michael M. Narinskij y Jürgen Rojahn, *Centre and Periphery. The History of the Comintern in the Light of the New Documents*, International Institute of social history, Amsterdam 1996. Mariátegui estaba al tanto (como veremos) de que Trostky ese mismo año 1926 había criticado abiertamente la teoría del «socialismo en un solo país» oponiéndole su concepto de «revolución permanente», en los mismos meses en los cuales, puesto en minoría en el Buró político y en el Comité Central del Pcus estaba por ser expulsado y enviado al exilio.

Increíblemente, y de nuevo, América Latina tuvo bien poco que ver en el origen de esta «línea política». Será la fallida experiencia en China –en la cual, no se olvide, hasta 1912 hubo una monarquía imperial fuertemente penetrada por el imperialismo inglés– de la política del (primer) Frente Unido (alianza que se había forjado en 1924) que lleva a la Comintern a considerar (erróneamente) que una parecida política de alianzas habría fracasado *también* en América Latina. Para colmo, los troskistas culpaban a la IC (y a la política del Frente Unido que bajo su dirección se había impuesto a los chinos) de la sangrienta derrota y la violenta represión que habían padecido los comunistas perseguidos por el general Chiang Kai-shek. La dura respuesta «preventiva» del Kremlin fue la de «generalizar» la crítica a la Comintern por la fallida experiencia del Kuomintang y volcar todo el movimiento mundial, incluyendo a los países latinoamericanos, en la táctica sectaria del «Tercer período».¹⁶

«Período» que marca también la «estalinización ideológica» que se impone en todos los análisis de las distintas realidades nacionales, las cuales vienen abstractamente reducidas al dualismo de la confrontación amigo/enemigo, clase obrera/burguesía, como había ocurrido en Europa Occidental y Oriental, pero *no* necesariamente –como veremos– en Perú y en América Latina.¹⁷ Además el VI Congreso de la Comintern (1928) y el X Plenum de su Comité Ejecutivo en julio de 1929, a raíz de la denigradora y falsa ecuación entre socialdemocracia y fascismo vino casi a coincidir con el derrumbe de Wall Street en 1929 que parecía confirmar el acercarse del fin del capitalismo y de la caída mundial del sistema. La historiografía ha podido verificar los resultados catastróficos de la práctica del «socialfascismo» que encontró en el fracaso institucional de la República de Weimar su punto más trágico de inflexión, facilitando el crecimiento del «nacionalismo social expansivo» de Hitler. Stalin y los dirigentes alemanes filosoviéticos albergaron la errada ilusión de que la victoria del nazismo, terminando de hundir el «podrido estado burgués» –y la socialdemocracia que lo apuntalaba– habría abierto el camino a la revolución obrera y al surgimiento de una «Alemania Soviética».¹⁸

En este contexto histórico y político la fundación del Partido Socialista en Perú y las Tesis expuestas por los mariáteguianos en Montevideo y en Buenos Aires adquieren una dimensión de evidente trascendencia y que se proyecta hasta los días de hoy cuando se proceda, –y la tarea sigue siendo una deuda pendiente– a realizar una reconstrucción histórica (y comparada con la europea occidental) de la tradición socialista en América Latina. Tradición que comprende los distintos análisis teóricos que la han sustentado tanto con las elaboraciones precursoras e innovadoras de Mariátegui como con las expe-

16. Cuestión afrontada por dos estudiosos venezolanos, Demetrio Boesner, *The Bolsheviks and the Colonial Question (1917-1928)*, Librairie Droz, Ginebra 1957, pp.211-251 y Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la Revolución latinoamericana*, editorial Nueva Sociedad, Caracas 1987, pp.41-46. Una actualización documental (que permite entender una vez más que el muy consolidado imperialismo inglés en China en los años veinte *no* era comparable con el entonces naciente imperialismo USA en Suramérica y que Haya de la Torre no representaba los mismos intereses que el general Chiang-Kai-Shek), en el ensayo de Lucien Bianco, *Les origines de la révolution chinoise: 1915-1949*, (1971) Galliamard, Paris 1997.

17. A.Filippi, voz «Los partidos comunistas en América Latina», en *Dizionario...* op.cit., «voz» publicada también en Id. *De Mariátegui a Bobbio. Ensayos sobre socialismo y democracia*, op.cit.

18. Cfr. los casos estudiados en los ensayos recopilados por Matthew Warley, *In search of Revolution: International Communist Parties in the «Third Period»*, Tauris, Londres 2004.

riencias políticas e institucionales de otros dirigentes que es indispensable volver a pensar y que van desde Juan Bautista Justo hasta Salvador Allende.¹⁹

II. LOS SOCIALISTAS LATINOAMERICANOS FRENTE A LA II Y LA III INTERNACIONAL

No es el caso de reconstruir aquí las fases del proceso de desintegración del partido socialista argentino (y de los otros latinoamericanos) en vísperas de la fundación del partido peruano, así como de los procesos de «bolcheviquización» a los que fueron sometidos en América Latina los entonces recién nacidos partidos comunistas. Todas experiencias que Mariátegui conocía y tuvieron su meditada importancia –y por ello las traigo a colación– en la elaboración de la línea de los peruanos, bien conscientes de la experiencia internacional que los socialistas habían tenido *antes* de ellos.

Ya el juicio y la actitud frente a la primera guerra mundial había dividido profundamente también a los socialistas latinoamericanos en la II Internacional, divisiones que se profundizaron con la postura frente a la Revolución Rusa. Uno de los primeros resultados de esas divisiones entre socialistas se concretó en el año 1917 cuando un grupo de ellos –encabezados por José Fernando Penelón– había fundado un periódico *La Internacional* en el que se reconocía el ala izquierda partidaria, los cuales reunidos en un Congreso, convocado para ello, el 5 y 6 de enero de 1918 (y presidido por Penelón), votan la formación del Partido Socialista Internacional.²⁰ Estos compañeros y otros de tendencias filo-bolcheviques dieron vida el 26 de diciembre de 1920, al Partido Comunista de Argentina.

Otro momento de crucial relevancia en la disputa entre los socialistas argentinos y la nueva corriente de militantes filo-soviéticos fue el cuarto congreso extraordinario del Partido Socialista en Bahía Blanca (8 al 10 de enero de 1921) que fue presidido por Justo. El Congreso saludaba a la Revolución y se expresaban los mejores deseos de que el pueblo ruso alcanzara sus metas; sin embargo, la propuesta hecha por la mayoría (compuesta por el mismo Justo y Nicolás Repetto) no propiciaba ningún lazo formal entre el Partido Socialista argentino y el partido Comunista soviético. Es decir que, si bien la propuesta mayoritaria instaba al partido Socialista argentino a retirarse de la Segunda Internacional, no aconsejaba en cambio integrarse a la Tercera Internacional. La propuesta de la minoría, encabezada por Enrique Del Valle Iberlucea, era intransigente y principista: exigía que el Partido apoyara la idea estratégica según la cual la emancipación de las masas debía ser precedida por la eliminación violenta del Estado capitalista. El informe de la minoría filo-bolchevique no sólo exigía que el partido Socialista se retirara de la Segunda

19. Una base para Argentina en las investigaciones de Richard J. Walter, *The Socialist of Argentina, 1890-1930*, The University of Texas at Austin, 1977; María Cristina Tortti, *Estrategia del Partido Socialista. Reformismo político y reformismo social*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires 1989, y en el argumentado análisis de Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera, «El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas», ensayo introductorio a la compilación de los mismos autores, *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Prometeo libros editor, Buenos Aires 2005; para Chile, Joan E. Garcés, *Allende e l'esperienza cilena* (1976), editorial Teti, Milán 1980 y Jorge Arrate y Eduardo Rojas, *Memoria de la izquierda chilena*, 2 vols, Vergara, Santiago, 2003-2005.

20. Sobre la especificidad argentina y el internacionalismo revolucionario de ese partido remito a Daniel Campione, «¿Partido revolucionario o partido de gobierno? La fundación del partido Socialista Internacional», en *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, op.cit.

Internacional, sino que además adhiriera a la Tercera. Al final, el único punto de coincidencia entre los congresistas fue que los socialistas debían salirse de la Segunda: esta propuesta fue aprobada por unanimidad.

En un discurso el año precedente (del 4 de agosto de 1920) tratando de evitar las ulteriores divisiones que venía venir, Justo analizó los límites que traía consigo la afiliación del partido a las «Internacionales» e insistía acerca de la necesidad de aumentar las «*autonomías nacionales*» en la conducción de las organizaciones en Argentina y América Latina. Justo comenzó criticando algunos aspectos de la gestión de la Primera y de la Segunda Internacionales, porque formulaban principios generales, recetas teóricas que se presumía aplicables tanto en Asia, como en América Latina y que en todo caso resultaban ser inadecuados para la acción política cotidiana de quienes actuaban en Suramérica. Justo sostenía que no se debían seguir todas las propuestas de la Segunda que era una organización europea, preocupada por sus propios asuntos antes que los de política mundial y denunció sus prejuicios colonialistas (como el caso de los socialistas del Partido Obrero Belga) como nocivos a los intereses del naciente proletariado latinoamericano. También explicó que el retiro de la representación argentina de esta entidad sería de escasa significación, ya que el Partido Socialista desempeñaba sólo un papel de menor relevancia en los congresos de la Segunda Internacional.²¹

Para Justo y muchos de los argentinos y de los peruanos que seguían sintiéndose socialistas, la «nacionalidad» no excluía para nada el «internacionalismo» heredado de la Primera Internacional y que –en Europa (pero *no* debía ser así en América Ibérica)– había entrado en crisis y disolución con la guerra mundial. Vale citar aquí la conferencia pronunciada por Jean Jaurès en Buenos Aires, invitado por Justo (en 1911), sobre el tan debatido tema, titulada «Nacionalidad, democracia, clase obrera», en la cual reconocía como extremadamente positivo «el surgimiento vigoroso de las nacionalidades de América Latina. El internacionalismo no es el cosmopolitismo. La acción internacional para ser vigorosa y eficaz supone naciones fuertemente constituidas [...]. Las nacionalidades constituidas y definidas entran en el internacionalismo con su carácter, con la fuerza de sus elementos tradicionales. En el internacionalismo las naciones no son troncos de árboles que flotan arrastrados por las corrientes. Son árboles que echan fuerte raigambre adhiriéndose al suelo y extendiendo su vasto ramaje por recoger la claridad de todos los soles».²²

Casi por lo mismo, e invocando esa tradición socialista, Justo tenía serias reservas también sobre la Tercera Internacional. Deseaba que se tuviera conciencia de que había nacido en medio de una guerra civil, en un país aislado, propiciada por el gobierno bolchevique y algunos camaradas extranjeros que no representaban específicamente a ninguna organización obrera. Por otra parte, como defensor de los intereses del Estado Argentino en sus relaciones internacionales, Justo instaba a que se reconociera al gobierno bolchevique, pero advertía que era imposible aplicar o imitar la táctica de toma del poder de los leninistas en la Argentina.

21. Juan Bautista Justo, «Teoría y práctica de la historia» en *Obras Completas*, volumen V, Buenos Aires, editorial La Vanguardia, 1938, pp.171-176.

22. Jean Jaurès, conferencia pronunciada en la sede de la asociación Unione e Benevolenza (el 5 de octubre de 1911), citado en Victor García Costa, *Alfredo Palacios, una biografía*, editorial Planeta, Buenos Aires 1998, p.199.

Además, Justo señalaba los aspectos negativos del programa de Moscú respecto a Iberoamérica resumiéndolos en cuatro puntos. Ante todo porque la «Internacional soviética» no tomaba posición sobre cuestiones económicas fundamentales y le consideraba negativamente que los rusos no hubiesen aceptado el libre comercio a nivel internacional, determinante para el buen éxito de las exportaciones argentinas. También objetó el punto 6, que establecía que sólo el colapso revolucionario del capitalismo impediría nuevas guerras imperialistas. Justo advirtió que si el Partido aceptaba «el punto 10 de las 21 condiciones» de Zinoviev, se vería envuelto en la contienda con la Federación Obrera Regional Argentina (Fora) del IX Congreso, miembro de la Internacional de Ámsterdam. Finalmente se convirtió en portavoz de los partidos socialistas y de todos los movimientos de liberación (como el encabezado por Sandino en Nicaragua), puesto que nada se decía en las condiciones de los soviéticos para guiar a los partidos socialistas de las naciones *no* colonialistas como Argentina, México o Brasil respecto de la cuestión del imperialismo USA en Centroamérica. No cabe duda que, desde la perspectiva justista, el programa de la Internacional era sólo aplicable en momentos excepcionales y circunstanciales de la historia europea como fueron los que hicieron posible la Revolución Rusa.

Después de haber señalado a los delegados de Bahía Blanca tanto los defectos de la Segunda como de la Tercera Internacional, Justo procedió a explicar su propio programa dividido en cuatro secciones: 1) igualdad respecto a las razas; 2) legislación obrera internacional; 3) relaciones económicas internacionales anti-imperialistas; y 4) modos de aplicar esas relaciones en Argentina y América Latina. Expresó a los delegados la importancia de abogar por la igualdad racial, como un medio de solidaridad internacional. Las políticas racistas, ampliamente toleradas por los países de habla inglesa, ya no eran aceptables para Japón, por ejemplo, quien se había opuesto a la discriminación racial ante la Liga de las Naciones. Recordó los efectos que tenía la Revolución Rusa en Asia y por último hacía hincapié en el hecho de que este planteo debía ser apoyado especialmente por los socialistas de América del Sur, gran generadora de mestizos.

Justo considera que el «fanatismo autoritario» implícito en el ejercicio de la «dictadura» denominada proletaria pero que es de un partido aparecía como una característica de un país como Rusia que venía de la centenaria experiencia Zarista y en el cual el desarrollo técnico no habría producido todavía un cambio en la conciencia colectiva, la cual debería ser forzosamente el resultado de una larga experiencia histórica imposible de reemplazar por una conquista coyuntural del poder político.²³

A la par debe reconocerse que Justo siempre apreció la trascendencia también para América Latina de la Revolución Rusa: «una gigantesca reconstrucción social según nuevos principios económicos, políticos y morales que en muchas de sus aplicaciones merecen y tienen la simpatía del mundo del trabajo». Y en su última intervención en un mitin político (el 7 de noviembre de 1927) volverá a solventar la revolución rusa –que si bien había desarrollado aspectos antidemocráticos que se remontan a la dictadura del proleta-

23. Juan Bautista Justo, *La realización del socialismo, Obras Completas*, Vol VI, a cargo de Américo Ghioldi, editorial La Vanguardia, Buenos Aires 1947. Pero cfr. Patricio Geli y Leticia Prislei, «Una estrategia socialista para el laberinto argentino: apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo» en *Entre pasados*, N° 4-5, Buenos Aires 1993.

riado que no podían ni debían ser aceptados en la Argentina– al definirla como «un hecho que se prolonga en el tiempo, de enormes consecuencias históricas».²⁴

Justo, de manera análoga a Mariátegui, intentó desde el inicio de sus reflexiones encontrar lo que Aricó denominaba «las raíces del socialismo en la historia nacional, revalorizada críticamente desde la perspectiva de la lucha de clases» y, a la vez, mantener el partido autónomo, desde el punto de vista internacional, respecto a lo que se perfilaba como una indebida reducción del marxismo a la ortodoxia del «leninismo-stalinismo».²⁵

También en Europa y en otros lugares de América la posición mantenida por Justo había tenido sus defensores, como había sido el caso del dirigente del «austromarxismo» Otto Bauer (bien conocido también por Mariátegui) que rehusara escoger entre el reformismo de la difunta Segunda Internacional y el revolucionarismo esquemático de la Tercera. Posiciones de Bauer que lo conducirán a elaborar el concepto de «*socialismo integral*» que partía del reconocimiento de los límites tanto del reformismo socialdemocrático como de la «bolcheviquización» estalinista como estrategias incapaces de garantizar en términos institucionales el tránsito hacia el socialismo. Una intuición de Bauer que de manera análoga (si bien con motivaciones y desarrollos teórico-políticos diferentes) a cuanto pensado por Gramsci, será dramáticamente confirmada por la evolución de los «socialismos reales» en Europa occidental y oriental a lo largo del siglo pasado.²⁶

III. LA LUCHA POR EL PODER EN MOSCÚ LLEGA A LA PRIMERA CONFERENCIA COMUNISTA LATINOAMERICANA

Pasemos, para acercarnos al centro del debate político en Buenos Aires, a ver por lo menos algunos juicios del propio Mariátegui sobre el liderazgo que desde Moscú controlaba toda la acción de la IC y su influencia en la perspectiva de «la revolución socialista mundial».

Comencemos por decir que la objetividad del periodista peruano –con su mirada capaz de valorar críticamente lo que estaba sucediendo en el Kremlin sin caer nunca en el trillado anti-comunismo de la época– le permite escribir, poco antes de las conferencias de Montevideo y de Buenos Aires, algunas apreciaciones muy agudas y para nada «oportunistas» sobre la posición de Trotsky y las alianzas que se iban tejiendo y reformulando en la cúpula del poder después de la muerte de Lenin. Apreciaciones que, si por un lado justificaban su deliberada prudencia para evitar que los soviéticos controlaran, con la

24. Juan B. Justo citado por Juan Carlos Portantiero, *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna*, op.cit. p.54.

25. José Aricó, «El marxismo en América Latina: ideas para abordar de otro modo una vieja cuestión», *Opciones*, revista del Cerc, Santiago de Chile, septiembre-diciembre 1985, pp.79-81. Sobre la visión crítica de las dificultades que se debían superar en la «traducción latinoamericana» del «marxismo eurocéntrico» y la contribución dada con el surgimiento del Partido Socialista Obrero Argentino (1894-1896), remito a Horacio Tarcus, *Marx en Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Siglo veintiuno editores, Buenos Aires 2007, pp.342-49.

26. Otto Bauer, *Tra due guerre mondiali?*, Einaudi, Turín 1979. Pero léase la todavía útil introducción de Giacomo Marramao a la antología *Austromarxismo e socialismo di sinistra fra le due guerre*, editorial La Pietra, Milán 1975.

«imposición» del nombre (comunista) o con el peso organizativo de la IC, a su partido socialista; por el lado contrario, se entiende cómo fuera muy importante para los comunistas tercerinternacionalistas «controlar» semejante independencia de juicio del fundador de *Amauta* y la posible acción política de los socialistas, autonomía que desde Perú podría extenderse a otros países andinos y latinoamericanos solventada como estaba, por el indiscutible prestigio nacional y continental de José Carlos.

«La muerte de Lenin, que dejó vacante el puesto del jefe genial, de inmensa autoidad personal, habría sido seguida por un período de profundo desequilibrio en cualquier partido menos disciplinado y orgánico que el comunista ruso. Al desaparecer el jefe de los bolcheviques, Trotsky se destacaba sobre todos sus compañeros por el relieve brillante de su personalidad». Pero –observa Mariátegui analizando en 1928 las razones por las cuales León Davidovic no logró sucederle a Lenin en el poder– «no sólo le faltaba vinculación sólida y antigua con el equipo leninista, [sino que] sus relaciones con la mayoría de sus miembros habían sido, antes de la revolución, muy poco cordiales. Trotsky tuvo hasta 1917 una posición casi individual en el campo revolucionario. No pertenecía al partido bolchevique, con cuyos líderes polemizó más de una vez acremente».²⁷

El avisado Mariátegui, siguiendo las informaciones de fuentes soviéticas de la época, hace referencia a cuanto sostenía el propio Lenin en su luego celebre «Carta al Congreso del partido comunista ruso» (dictada el 23 de diciembre de 1922 con el *addendum* del 4 de enero de 1923) al reconocer que Trotsky es quizás, «el más capaz entre los actuales miembros del Comité Central» y, a la vez, caracterizado por su «no bolchevismo», consideración esta última que Mariátegui no podía ni siquiera remotamente suponer que fuera el resultado de la manipulación literal de la Carta de Lenin llevada a cabo por Stalin y sus colaboradores en una de sus más hábiles y descaradas maniobras para la toma del poder.²⁸

Los conflictos que se generaron en la etapa de «sucesión» de Lenin los había analizado Mariátegui, con análoga clarividencia, en otro artículo tres años atrás al observar cómo «la caída de Trotsky» había representado un punto crucial para enfrentar el problema de la «*democracia obrera*» que, al cumplirse el séptimo año de la revolución, venía exigida por «una nueva generación». «Trotsky –explica Mariátegui citándolo como «uno de los personajes mas interesantes de la historia contemporánea [...], pensador y crítico brillante del comunismo»–, apoyando las reivindicaciones de los jóvenes, escribió que la vieja guardia constituía casi una burocracia» y añadía: «los últimos documentos polémicos de Trotsky que tengo a la vista son los resumidos en su libro *Nuevo Curso* [del que se desprende] una requisitoria contra la conducta de los principales líderes de la vieja guardia en las jornadas de la insurrección [de 1917]». Presentando esos dirigentes «bajo una luz adversa, Trotsky ha querido demostrar, en la coyuntura de la sucesión de Lenin, que «quienes se equivocaron en 1917, en un instante decisivo para el bolchevismo, care-

27. «Trotsky y la oposición comunista», *Varietades*, 25 de febrero de 1928.

28. Como lo ha reconstruido Luciano Canfora en *La Storia falsa*, Rizzoli, Milan 208, pp. 29-97. Pero sobre tan controvertida cuestión y sus formidables consecuencias dentro y fuera de la Rusia soviética después de Lenin léanse los trabajos de Robert C. Tucker, *Stalin il rivoluzionario, 1879-1929*, (1973), Feltrinelli, Milano 1977 y Jurji Buranov, *Lenin's Will: Falsified and Forbidden; from the Secret Archives of the Former Soviet Union*, Prometheus Books, New York 1994.

cen de derecho para pretenderse depositarios y herederos únicos de la mentalidad y del espíritu leninistas».²⁹

De hecho, fue la relación personal entre Lenin y Trotsky que salvó más de una vez el vertiginoso desenlace revolucionario desde Brest-Litovsk a Kronstadt. «Lenin apreciaba inteligente y generosamente el valor de la colaboración de Trotsky, quien a su vez –como lo atestigua el volumen en que están recogidos sus escritos sobre el jefe de la revolución–³⁰, acató sin celos ni reservas una autoridad consagrada por la obra más sugestiva y avasalladora para la conciencia de un revolucionario. Pero, si entre Lenin y Trotsky pudo borrarse casi toda distancia, entre Trotsky y el partido mismo la identificación no pudo ser igualmente completa. Trotsky –comenta Mariátegui–, no contaba con la confianza del partido, por mucho que su actuación como comisario del pueblo mereciese unánime admiración. El mecanismo del partido estaba en manos de hombres de la vieja guardia leninista que sentían siempre un poco extraño y ajeno a Trotsky, quien, por su parte, no conseguía consustanciarse con ellos en un único bloque».

Lo cierto es que Trotsky, planteando el gran tema de la «*necesidad de democratización del partido*» –por varias razones que Mariátegui interpreta–, se encontró durante los trabajos del XIII Congreso del Pcus (a comienzos del año 1924) en minoría y ese mismo año Stalin publica los *Principios del leninismo* proponiéndose desde el título mismo como el intérprete auténtico de la ortodoxia ideológica. La mayoría entonces, guiada por Stalin y por Bucharin, en contra de la oposición unificada de Trotsky, Zinoviev y Kamenev, saldrá vencedora luego que estos últimos en 1927 hicieron la debida autocritica tras una breve expulsión del partido al cual Stalin los volvió a admitir, logrando enviar a Trotsky –que, en cambio, rechazó por razones de principio toda posibilidad de autocritica– a Kazakstan, en la frontera con China, en enero de 1928 y luego definitivamente exiliado en Turquía en febrero de 1929.

Esta violenta e imprevisible lucha por el poder es la que domina los trabajos preparatorios y la Conferencia de Buenos Aires y los últimos meses de la vida de Mariátegui. El joven secretario del partido se encuentra obligado a constatar una serie de evidencias que no recomendaban, con semejante situación en los vértices del poder en el PCUS, la afiliación de los socialistas peruanos a la Internacional, y, menos todavía, recomendaban la aceptación de las directivas ideológicas impuestas como resultado de un conflicto emi-

29. J.C.Mariátegui, «El partido bolchevique y Trotsky», *Varietades*, 31 de enero de 1925. Mariátegui ese mismo año en un «retrato» de Trotsky hecho para explicar al lector peruano la revolución rusa llega a dar un juicio del fundador de la Armada Roja tan positivo desde el punto de vista cultural en el paragón con Lenin que llega hasta decantar lo que tuvo de sobresaliente respecto a Vladimir Ilich. «Trotsky no es sólo un protagonista [político] sino también un filósofo, un historiador y un crítico de la Revolución. Ningún líder de la revolución puede carecer de una visión panorámica y certera de sus raíces y de su génesis. Lenin, verbigracia, se distinguió por una singular facultad para percibir y entender la dirección de la historia contemporánea y el sentido de sus acontecimientos. Pero los penetrantes estudios de Lenin no abarcaron sino las cuestiones políticas y económicas. Trotsky, en cambio, -concluye Mariátegui- se ha interesado además por las consecuencias de la Revolución en la filosofía y el arte». «Hechos e ideas de la revolución Rusa» ahora en *Mariátegui Total*, op.cit., p.962. Con juicios como éste se puede entender el futuro ostracismo al que fue sometido el peruano en los años mas rigidos del estalinismo; pero a la vez se puede comprender por qué Mariátegui haya sido considerado «cripto» o «entrista» trotskista y, cómo tantos militantes latinoamericanos de la IV Internacional lo hayan estudiado con declarada simpatía.

30. El informadísimo Mariátegui se refiere al volumen de Trotsky que había salido en Moscú en 1924, *O Lenin*. (*Materiali dila biografía*)

nentemente ruso en el cual, vaya paradoja, su nuevo líder, Stalin reconocía la necesidad de trabajar sustancialmente para defender «*el socialismo en un solo país*». Al mismo tiempo, se entiende cómo la delegación soviética en Buenos Aires presionara para que los peruanos entraran a pleno título en la Internacional consolidando, con la inclusión del intelectual-político marxista mas prestigioso de Suramérica, el poder organizativo del naciente estalinismo.

Igualmente debe recordarse que la defensa pública de la revolución rusa fue una conducta constante de Mariátegui, convencido como estaba de que el futuro del socialismo en Perú y en América se iba a beneficiar y, en algunos aspectos hasta depender, de la sobrevivencia y el crecimiento del socialismo en ese gran estado euroasiático. Prueba incuestionable de su actitud –que, por reciprocidad de parte de los dirigentes de la Comintern, debía haber presagiado igual respeto hacia la realidad peruana y a su liderazgo– la ofrece el Amauta al reflexionar con toda la atención del caso sobre el hecho de que no sólo *no* se había dado la *mundialización* prevista de la revolución sino que la misma «*revolución rusa está [en 1928] en un período de organización nacional. No se trata por el momento –constataba Mariátegui sacando las debidas consecuencias para los peruanos– de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo en una nación que, aunque es nación de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que en esta etapa, la revolución rusa esté representada por los hombres que más hondamente sienten su carácter y sus problemas nacionales. Stalin, eslavo puro, es de estos hombres. Pertenece a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso: el presidio o Siberia eran Rusia todavía*».³¹

Con la que hoy sin duda podemos reconocer como una visión clarividente y, al mismo tiempo, tratando de no irritar a la dirigencia del «*eslavo puro*», al más importante de los «*simples hombres*» rusos³², Mariátegui trata de explicar desde otro punto de vista, es decir político-institucional, la oposición (después de Lenin) entre Trotsky y Stalin y su desenlace a favor del caucasiano en la toma del poder en el Kremlin. «*El conflicto entre Trotsky y la mayoría bolchevique, que arriba a un punto culminante con la exclusión del trotskismo de los rangos del partido, ha tenido un largo proceso. Tomó un carácter de neta oposición en 1924 con los ataques a Trotsky a la política del Comité Central, contenidos en los documentos que, traducidos al francés, se publicaron bajo el título de Cours Nouveau. Las instancias de Trotsky para que se adoptara un régimen de democratización en el partido comunista miraban al socavamiento del poder de Stalin*».³³ Poder que sin

31. Y añade Mariátegui, fotografiando la situación a comienzos del año 1928, que tanta influencia tendrá también en las relaciones internacionales de los soviéticos: «*Mientras tanto Trotsky, como Zinoviev, como Radek, como Rokovsky, pertenecen a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el destierro hicieron su aprendizaje de revolucionarios mundiales, ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica. Por ahora, a solas con sus problemas, Rusia prefiere hombres más simples y puramente rusos*» [como Stalin]. J.C. Mariátegui, «*Trotsky y la oposición comunista*», *Variedades*, Lima, 25 de febrero de 1928.

32. Por una coincidencia que Mariátegui no pudo apreciar en toda su futura, enorme dimensión los meses en los que él pronuncia estos juicios son los mismos en los cuales –así lo han reconstruido sus biógrafos– Stalin cumple cincuenta años e inicia el ejercicio creciente y devastador del «*culto a la personalidad*» del jefe (*Vozd*) caucasiano, que sólo muchos años después será denunciado por Nikita Krushev en el XX Congreso del PCUS en febrero de 1956.

33. J.C. Mariátegui, «*Trotsky y la oposición comunista*», art.cit. (cursiva mía).

embargo *no* fue socavado: al contrario, Stalin lo consolidó plenamente. En espera de que la revolución rusa «a solas con sus problemas» avance y se produzca bajo nuevas formas la «democratización» (interna en el partido y mundial en la Internacional) se debe trabajar –supone con energía y coraje Mariátegui–, en las condiciones, dadas por las circunstancias, a la revolución socialista en Perú, en Suramérica.

El Amauta vuelve sobre el tema justo al año siguiente, en vísperas de la conferencia de Buenos Aires cuando ya Trotsky viene desterrado por Stalin, al reconocer que, si bien el jefe de la Armada Roja «tiene un sentido internacional de la revolución socialista», sin embargo, o «por este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa».³⁴

Mariátegui explica con lucidez la dimensión de los acontecimientos y sus consecuencias para la revolución mundial, privada ahora de un leader como Trotsky que tenía una gran expectativa acerca de la revolución en Occidente y en Oriente y entiende, al mismo tiempo, cómo los «conflictos violentos» en el seno del partido comunista soviético hubieran podido extenderse, a través de la obediente burocracia de la Comintern, a los otros partidos en América Latina, siendo ambas dos buenas razones para fundar un Partido Socialista peruano, internacionalista por convicción y doctrina, pero autónomo desde el punto de vista organizativo y de su funcionamiento «nacional». Por ahora, insiste el Amauta con sus colaboradores, era conveniente mantenerse discretamente apartados de ese epicentro de gravísimas disputas, convulsionado, y a menudo indescifrable, representado por el poder moscovita.

Lucha encarnizada cuyas dimensiones jamás pudieron ser imaginadas ni por «el optimismo revolucionario», ni por el más «trágico de los pesimismos». El propio Trotsky acusando a Stalin de haber «socavado» la revolución soviética, alejándola de sus metas originarias, aislándola en «un solo país», hacía referencia al ejemplo histórico de la Revolución francesa, para indicar en el estalinismo la verdadera «reacción Termidoriana». Así como los idealistas «igualitarios» de la revolución de 1789 habían sido reemplazados por la burguesía reaccionaria del Termino, así los revolucionarios bolcheviques del año 1917 fueron sustituidos por el aparato burocrático de Stalin negador del socialismo y del internacionalismo. Frente a la noticia, no ya de la derrota política de Trotsky, sino ahora de su destierro, Mariátegui también recurre a la analogía con la Revolución francesa para observar cómo frente a la sorprendente novedad del exilio («un acontecimiento frente al que fácilmente no puede acostumbrarse la oposición revolucionaria del mundo») reconoce con alarmada preocupación que «el optimismo revolucionario [nunca admitió] la posibilidad de que esta revolución concluyera, como la francesa, condenado a sus héroes».³⁵

En realidad, Mariátegui no podía predecir el futuro y suponer que no se trataba «sólo» de que la revolución «condenara» a sus protagonistas, sino que la buena ventura le habría ahorrado de asistir pocos años después a la horrorífica eliminación no sólo de los «héroes» y de los mayores dirigentes de la elite soviética, comenzando por Trotsky, Zinoviev y Bucharin sino la supresión física –deportación, fusilamiento o los Gulag– de la que

34. J.C. Mariátegui, «El exilio de Trotsky», *Variedades*, Lima, 23 de febrero de 1929.

35. J.C. Mariátegui, «El exilio de Trotsky», art. cit.

fueron víctimas militantes de todos los niveles o simples ciudadanos con su represión sistemática, que culminó entre los años 1937 y 38: el período denominado del Gran Terror durante el cual fueron «desaparecidos» millones y millones de personas.³⁶

Pero, volviendo a la Conferencia de Buenos Aires hay que precisar como con la apertura de los archivos (que fueron) soviéticos hemos podido descubrir información que arroja nueva luz sobre la presencia de los funcionarios de la Comintern que se encontraban en la peligrosa encrucijada (dentro y fuera del Kremlin) de formar parte del grupo de los que venían expulsados de la escena (como Trotsky y Bucharin), o de los que acompañaban la irresistible subida hacia el cenit del poder de Stalin.³⁷

Un aporte de notable interés proviene de los archivos que la «sección de cuadros de la Comintern» habían acumulado sobre los dirigentes y colaboradores latinoamericanos de la Internacional o de quienes habrían entrado en contacto con la sede central de Moscú.³⁸

Los legajos y los ficheros venían alimentados, controlados y puestos al día tanto por funcionarios de los servicios secretos (la Ceka y luego Gpu que confluye en el Directorio político estatal unificado, Ogpu) como por los dirigentes del Kremlin y de la IC. De tal suerte que los más longevos, como el caso, por ejemplo de Codovilla, tienen no sólo la «ficha» personal entre las más largas sino que también incluye sucesivas puestas al día de datos biográficos y correspondientes méritos hasta el año 1970 en el que muere en Moscú. Muchos dirigentes de la Comintern, que se fueron sucediendo con el pasar de las distintas fases del poder soviético, que viajaban al exterior y a América Latina tenían características de «comisarios políticos» o de «eminencias grises», los cuales se movían –en colaboración con los servicios secretos– concientes de ser «los ojos de Moscú», los *apparatchik*, sigilosos vigilantes de la aplicación de las directivas del Comité Ejecutivo de la Internacional en todo el mundo, siguiendo la consigna leninista de Karl Radek: «Puesto

36. De hecho la dimensión apocalíptica de las represiones y los genocidios la hemos conocido sólo al final del siglo pasado, para lo cual remito a los diferentes documentos, datos y cifras recogidos por Oleg V. Chlevnjuk, *Stalin e la societa sovietica negli anni del terrore*, editorial Guerra Perugia, 1997; Nicolas Werth, *Le Terreur et le désarroi. Stalin et son système*; Perrin, Paris 2007 y Anne Applebaum, *Gulag: storia dei campi di concentramento sovietici*, Mondadori, Milán 2004.

37. Después de los trabajos precursores, entre otros, de Manuel Caballero, Jürgen Mothes y Gerardo Leibner sobre la IC y América Latina, esa preciosa información ha sido parcialmente recuperada por Lazar y Victor Jelfets y Peter Huber y publicada por el Instituto de Latinoamérica de la Academia de las Ciencias de Moscú y el Institut pour l'histoire du communisme de Ginebra en 2002. Otras informaciones desde la perspectiva que emerge de la documentación por él conservada en los Archives de Jules Humbert-Droz III. *Les Partis communistes et l'Internationale communiste dans les années 1928-1932*, edición a cargo de Siegfried Bahne, editorial Dordrecht-Boston-London, R.Reidel Publishing Company, 1987. Para colocar los cambios de línea en la IC y sus repercusiones en las Américas desde los USA hasta Chile y Argentina véase también Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la revolución Latinoamericana*, op.cit.; Fraser Ottanelli, *The communist party of the United State: from the depression to World War II*, Rutgers UP, New Brunswick, New Jersey 1991; Adam Anderle, *Los movimientos políticos en Perú entre las dos guerras mundiales*, La Casa de las Américas, La Habana 1985; Jorge del Prado, *En los años cumbres de Mariátegui*, editorial Unidad, Lima 1983; Olga Ulianova, «El Partido Comunista chileno durante la dictadura de Carlos Ibañez: primera clandestinidad y bolcheviquización estaliniana 1927-1931» en *Boletín de la Academia de la Historia*, Santiago, N° 111, año 2002 y los trabajos referidos a Suramérica recopilados por Tim Rees y Andrew J. Thorpe, *International communism and the communist International, 1919-1943*, Manchester UP, Manchester-New York, 1998.

38. En particular los archivos del antiguo Instituto para el Marxismo-leninismo y las secciones dedicadas a América Latina del Archivo estatal y ruso de historia sociopolítica (Rgaspi).

que Rusia es el único país en el cual la clase obrera ha tomado el poder, los trabajadores de todo el mundo deben volverse patriotas rusos».³⁹

Respecto a Mariátegui es interesante observar que, en las fichas correspondientes se subraya que «él representó de manera no oficial la *célula socialista* de los peruanos en Italia –[a la que además de Mariátegui integraron el cónsul peruano Palmiro Machiavello, el médico de Callao Carlos Roe y César Falcón] fundada por el mismo» (en abril de 1920) al Congreso socialista de Livorno, con lo cual la denominación de «célula comunista»–acreditada luego como existente para la fecha de Livorno por César Falcón no era la versión que resultaba a los dirigentes de la IC.⁴⁰

También se dice textualmente –con un malabarismo que trata de combinar oportunas mentiras interpretativas con la realidad de los hechos– que Mariátegui «elaboró el concepto de la creación del Partido Comunista en Perú a base de una participación más amplia de los comunistas en el Partido Socialista». Deja entender que *después* de la Conferencia de Buenos Aires se «fundó el Partido Comunista del Perú en 1930 [...] y que Mariátegui], fue «criticado por la Comintern debido [se dice textualmente] al <<mariateguismo>>, [es decir] por supuestas vacilaciones sobre la cuestión de la creación del Partido Comunista como el partido de clase del proletariado, las ilusiones sobre el papel revolucionario de la burguesía nacional peruana y la estimación inadecuada de la cuestión nacional indígena».

La documentación también nos revela que Paulino González Alberdi (alias «Flores», «Ramón Bernard» o «Pablo Robles») fue enviado por el Secretariado sudamericano a colaborar, en junio de 1930, con Eudocio Ravines para poner bajo el nuevo control de la Internacional el Partido de Mariátegui después de su muerte, actuando específicamente: «para luchar contra el <<grupo Amauta>> (Sic), sobre la cuestión del partido de clase y de los indígenas y para coordinar la actividad de los grupos comunistas de Bolivia y Ecuador». Igualmente resulta que se habían hecho diversas reuniones con el objeto de la «creación del Partido Comunista del Perú» como la que organizó el Secretariado Político de la IC el 10 de octubre de 1929 como consta por la intervención de August Guralsky (en realidad Abraham Jakovlevich Jeifets).⁴¹

Son datos e interpretaciones sobre Mariátegui que si bien deben ser ulteriormente compulsadas y puestas en relación con otros personajes y otras fuentes contemporáneas, desde Ravines (que aparece como «autor de la teoría del populismo de Mariátegui») a Vittorio Vidali, desde Haya de la Torre (que «viaja a Moscú en 1924, como Francisco Haya de la Torre, por iniciativa del Partido Comunista Mexicano»), hasta, como veremos, José Fernando Penelón o Rodolfo Ghioldi, demuestran la enorme, sistemática presión a la cual fue sometido el Amauta en la pretensión de «bolcheviquizar» su partido.

Ocultos y bien protegidos por la excelente –y nunca superada– organización clandestina típica de la III Internacional, la Conferencia en Argentina fue protagonizada por

39. Christopher Andrew y Oleg Gordievskij, *La storia segreta del KGB*, Rizzoli libri, Milan 1996, pp.85-85.

40. A confirmar el dato de los archivos soviéticos está el testimonio del propio Mariátegui en la carta «autobiográfica» a Samuel Glusberg (del 10 de enero de 1928) donde subraya de que «desde Europa [entre el 1919 y 1923] me concerté con algunos peruanos para la acción socialista. Mis artículos se esa época, señalan las estaciones de mi orientamiento socialista», ahora en Horacio Tarcus, *Mariátegui en Argentina*, op.cit., p.135.

41. Lazar y Victor Jeifets y Peter Huber, *La Internacional comunista y América Latina 1919-1943*, op.cit. p.194, 133 y 146.

dirigentes de muy alto nivel que hasta hace poco desconocíamos, habiéndose deliberadamente divulgado la despiñante información de que los enviados por Moscú fueran sólo el joven ítalo-argentino Vittorio Codovilla y el suizo Jules Humbert-Droz.

A los efectos de la reunión de Buenos Aires y la política latinoamericana, ahora aprendemos que el hombre de confianza del Kremlin era el italiano Egidio Gennari, que había nacido en Albano Laziale (provincia de Roma) el 20 de abril de 1876, siendo por lo tanto el decano de todos los enviados (y 19 años más viejo que Mariátegui). Gennari, había sido en 1918 Secretario del Partido Socialista Italiano y en el Congreso de Livorno se vuelve uno de los estrechos colaboradores del jefe de la «fracción revolucionaria» minoritaria de los «*massimalisti*», es decir el ala «izquierdista» de Nicola Bombacci (y de Amadeo Bordiga) figura pintoresca evocada con precisión por Mariátegui que lo describe con su «evangélica barba, iluminados ojos, romántico chambergo»⁴² En un artículo sobre «La política socialista en Italia» (luego recogido en *La escena contemporánea*, 1925) Mariátegui, recordando el Congreso de Livorno, llega a citar al propio Gennari incluyéndolo (de nuevo y correctamente) entre los seguidores de la corriente anti-reformista «que reclamaba la adopción del programa de la Tercera Internacional» junto con Umberto Terracini y Antonio Graziadei, además de los ya citados Bombacci y Bordiga.⁴³

En el archivo Mariátegui en Lima se conserva la tarjeta que le fue entregada como «credencial» para asistir al Congreso Nazionale del Partito Socialista Italiano (Livorno 15-20 de enero de 1921) o sea la «Tessera Personale di Riconoscimento» firmada por J.C.M. «Rappresentante il giornale *El Tiempo* (Perú)» y con impreso el nombre Egidio Gennari, responsable de organización del Congreso por la Direzione del PSI. ¿Se habrán encontrado durante los trabajos del Congreso? ¿Gennari se habrá recordado años después en Buenos Aires de aquel joven periodista que había devenido en secretario del PSP hallándose en el centro de los debates por sus «polémicas Tesis»?

Elegido miembro del Comité Central del Partido Comunista de Italia desde Livorno (y ratificado en 1926), del Comité Ejecutivo de la Internacional en 1920 (en el cargo que habían ocupado Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti) y en el IX Plenum (de ese mismo año) hasta el VII (1935), cuando viaja a Buenos Aires era nada menos que miembro del Presidium del Secretariado Político de la Internacional y también del Secretariado Latino, Oriental y Balcánico del Ceic. Había sido uno de los teóricos más convencidos de la constitución en Italia de los «*Soviet*», es decir de la *Repubblica sovietista italiana*.⁴⁴

42. José Carlos Mariátegui, «El cisma del socialismo» [italiano], *El Tiempo*, Lima 12 de junio de 1921.

43. En el Índice onomástico de las obras completas del Amauta, *Mariátegui Total*, Gennari aparece todavía sin el nombre, habiendo sido citado sólo por el apellido. Se debe considerar que entre los tantos seudónimos con los cuales se manejó en Italia, Europa y América, Gennari empleó también los siguientes: «Rossi», «Fabrizio Maggi», «Profesor» [se había doctorado en matemáticas en la Universidad de Roma], «Augusto Cattaneo», «Blanco», «Battista Migliore».

44. Steven Forti, «*Tutto il potere ai Soviet*». *Il dibattito sulla costituzione dei Soviet nel socialismo italiano del biennio rosso: una lettura critica dei testi*. [de Bombacci, Gennari, Bordiga, Togliatti, Niccolini y Menotti Serrati] en *Storicamente*, Università di Bologna, editorial Gedit, n 4, 2008. Pero en general sobre Gennari y el grupo de los socialistas fundadores del PC d'Italia remito a los primeros dos tomos de Paolo Spriano, *Storia del partito comunista italiano*, 5 vols, Einaudi, Torino 1967-75; Franco de Felice, *Serrati, Bordiga, Gramsci e il problema della rivoluzione in Italia (1919-1920)*, De Donato editore, Bari 1972 y Palmiro Togliatti, *La formazione del gruppo dirigente del Partito Comunista italiano nel 1923-1924*, Editori Riuniti, Roma 1984.

Diferentes indicios y pruebas hacen suponer que Gennari era el dirigente responsable de las actividades de información y de seguridad (de espionaje y contra-espionaje como se decía entonces) de la IC en las distintas áreas de su competencia en la Europa mediterránea y balcánica así como en la América del Sur y el Caribe. Gennari comenzó a ocuparse de América Latina ya en el III Congreso de la IC cuando, según resulta, en su ficha le «entregó a Rodolfo Ghioldi la carta antes enviada al Partido Socialista Italiano de parte del Partido Socialista Internacional de Argentina». Durante la estancia en Buenos Aires, con el seudónimo de «Rossi» asistió con Rabinovich y Codovilla a los encuentros «bilaterales» con el Partido Comunista de Cuba (el 12 de junio) y con el Partido Comunista de México (el 11 de junio). Como asesor permanente del Secretariado Latinoamericano fue responsable del «trabajo de información» (*sic*) sobre Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia y Venezuela. En 1933 fue encargado *ad interim* del secretariado de las IC de América del Sur y del Caribe.

Finalmente, también sabemos que el tal «Peter» o «Pierre» integrante de la delegación, que en una carta Humbert-Droz llamaba «*el stalinista de nacionalidad*»⁴⁵ (¡y que hace años de manera chistosa nos preguntábamos con José Aricó si era un posible hijo no reconocido del joven Stalin!) resultó ser nada menos que el caucasiiano (nacido en Tiflis) Zachrij Mijalovich Rabinovich, miembro del Comité Central del Komsomol y luego agente de la Internacional en Francia, Uruguay, Argentina y Brasil.

Debe añadirse, para evitar equívocos, que tanto Gennari como Rabinovich fueron hasta el final militantes convencidos y abnegados en la lucha contra el nazi-fascismo, que los llevó a pagar con sus vidas: el italiano muere exiliado en Gorki en 1942 y el caucasiiano en el frente soviético-alemán, ambos durante la Gran Guerra patriota contra la invasión hitleriana del junio de 1941.

Por otra parte, y aunque había salido de la escena, el hombre clave para entender el conflicto de posiciones en Buenos Aires fue Nikolaj Ivanovich Bucharin, quien había dirigido la Comintern desde 1926 hasta pocas semanas antes del encuentro porteño. Cuando entró a dirigir la Internacional trató de reactivar la organización y fue entre los primeros en concebir para aplicarla (pero no *en América* sino) en Europa, y especialmente en Alemania la línea de «clase contra clase» en un intento por reforzar –en contra de la tradición socialista democrática que los seguía contaminando con la «basura reformista»– la capacidad operativa de los partidos comunistas europeos, que a pesar de los diferentes intentos habían ido sumando fracasos.

Durante el año 1927, Bucharin había comenzado a caer en desgracia (ante todo por el desacuerdo con la política agrícola en la URSS sostenida por Stalin) y en vísperas de la reunión de Buenos Aires fue denunciado por la mayoría del Comité Central como el inspirador de una «desviación de derecha» tanto en la política interna soviética como en la Comintern. Por eso en la Conferencia para «vigilar» al buchariniano Humbert-Droz se envían como «comisarios políticos» del emergente Stalin a Gennari y Rabinovich. Después de la Conferencia Bucharin fue expulsado del Buro político y si bien admitió – con la clásica autocrítica– la línea estaliniana como correcta fue luego definitivamente apartado de la vida política. Le valió de poco. Acusado años después de ser cómplice activo en las

45. Jules Humbert Droz, *De Lenine a Staline, dix ans au service de l'Internationale Communiste, 1921-1931*, Editions de la Baconniere, Neuchatel 1971, p. 390.

conspiraciones del «*bloque troskista de derecha*» Stalin lo hace condenar a muerte por fusilamiento el 13 de marzo de 1938.⁴⁶

De manera análoga, en diciembre de 1928 a propuesta de Stalin el Presidente de la Internacional había condenado la declaración de Humbert-Droz sobre el Partido Comunista de Alemania «como declaración cobarde y oportunista del presuntuoso [periodista Humbert-Droz], quien estuvo preparado a mentir sobre la Comintern para abogar la defensa de la derecha».⁴⁷ Al mes siguiente de la conferencia (el 19 de julio de 1929) fue expulsado del Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional por decisión del «estalinizado» X Pleno, con la acusación, acorde a la que había sido dirigida contra Bucharin de «oportunista», y a los pocos días viene expulsado del Secretariado político de la Internacional (26 de julio de 1929).

Con la parecida acusación de «bucharinismo» fue combatido también José Fernando Penelón, quien durante los años 1924-1925 se había afirmado como el máximo dirigente comunista en Sudamérica habiendo sido el primer latinoamericano en ocupar el cargo de Secretario Sudamericano de la IC y director de su órgano *La Correspondencia Sudamericana*. Durante el año 1927, siendo concejal, en la ciudad de Buenos Aires, lo acusan de hacer depender la acción del partido de las alianzas a nivel municipal y por la errada organización de los inmigrantes extranjeros así como de no haber apoyado la iniciativa (patrocinada por Ghioldi y Codovilla) de «hacer un boicot absoluto al comercio con Inglaterra en caso de un ataque británico a Rusia». Penelón en 1928 sancionando la ruptura, funda el partido comunista de la Región Argentina que el año después pasa a llamarse «de la República Argentina» subrayando en el nombre mismo del partido la preeminencia que se le asigna a las condiciones «nacionales» en las cuales se debía operar.

Al contrario, la fidelidad al Kremlin recompensó con creces a Codovilla, quien en 1928 participa de los trabajos del VI Congreso de la Internacional en Moscú y en el Congreso de la Internacional sindical «Roja», en los que precisamente se sustituye la línea del Frente Único con la defensa a ultranza de los comunistas «como el partido único del proletariado». Ese mismo año el Comité Ejecutivo de la IC lo designa en el cargo que había tenido Penelón y miembro de la Comisión Internacional de Control.⁴⁸

Todo esto lo subrayo para entender como los temas latinoamericanos que estaban en la agenda de Buenos Aires –incluyendo los propuestos en las Tesis de los peruanos– vienen entendidos y afrontados por los dirigentes de la IC desde la coyuntura del cambio de línea en Moscú adonde la afirmación del estalinismo se definía combatiendo a los seguidores de Trotsky y de Bucharin; en contra, por igual, de todas las políticas que con tanto esfuerzo los dirigentes latinoamericanos –socialistas primeros y comunistas después–

46. Sólo hace pocos años durante el gobierno de Gorbaciov se ha rehabilitado la compleja figura de Bucharin en sus relaciones con la IC y con los italianos y los latinoamericanos que estudiaron y comentaron sus textos desde Gramsci hasta Mariátegui. Remito a las memorias de su compañera Anna Larina, *Ho amato Bucharin*, Editore Riuniti, Roma 1989 y a los ensayos compilados por Sergio Bertolissi, *Bucharin tra rivoluzione e riforme*, Editori Riuniti, Roma 1982.

47. En el año 1928 los adversarios del presidente del Partido Comunista Alemán Ernst Thälmann trataron de defenestrarlo y Stalin imputó esa maniobra a Bucharin y a sus colaboradores alemanes «de la derecha» en la Comintern, como fue considerado el caso de Humbert-Droz.

48. Pablo Domínguez, *Victorio Codovilla. La ortodoxia comunista*, editorial Capital Intelectual, Buenos Aires 2006, pp. 93-94.

habían implementado en función de la precedente línea de alianzas en el Frente Unido adaptadas a sus concretas sociedades.

IV. MARIÁTEGUI Y LA IDEOLOGÍA DE LA COMINTERN DURANTE Y DESPUÉS DE LA PRESENTACIÓN DE LAS TESIS

En síntesis: lo que debemos considerar es que están dadas todas las condiciones «ambientales» en Buenos Aires y con la presencia de la delegación de la Internacional guiada por Gennari, Rabinovich, Humbert-Droz, Codovilla para que las «Tesis» (sobre las «razas» y el «anti-imperialismo») de Mariátegui, Portocarrero, Pesce no sólo no sean tomadas en la debida consideración cultural y política durante la «ardua discusión mantenida» (como se dice en la Introducción de las Actas en la Conferencia), sino, que vienen atacadas por no corresponder a la línea de turno así como fueron subestimados en su notable valor cultural, historiográfico y político los *7 Ensayos* cuya primera edición acababa de salir y que varios de los dirigentes tuvieron en sus manos.

Probablemente la «nota» preparada por el propio Mariátegui, como presentación de su actividad intelectual y política que fue llevada a la Conferencia por Pesce y Portocarrero, ayudó a empeorar las dudas y suspicacias hacia José Carlos ya manifestadas durante los trabajos preparatorios. Los análisis histórico-políticos y culturales contenidos en los *7 Ensayos* –les explica, lindando en la ironía, el Amauta a los «ortodoxos» del marxismo– «no son sino la aplicación de un método marxista, para los ortodoxos del marxismo insuficientemente rígido, en cuanto reconoce singular importancia al aporte soreliano, pero que en concepto del autor corresponde al verdadero moderno marxismo, que no puede dejar de basarse en ninguna de las grandes adquisiciones del 900 en filosofía, psicología, etc.»⁴⁹

Pero hay más: en la introducción metodológica Mariátegui, para marcar con rigor su posición sobre el tema, fruto evidente del conocimiento que tenía de la historia milenaria del mundo andino y de la configuración étnico-cultural de sus sociedades *no* se refiere a la doctrina de Lenin sobre las «nacionalidades» y a Stalin cuyo artículo *El marxismo y la cuestión nacional* (de 1913) se había vuelto el texto de referencia para todos quienes planteaban la «cuestión nacional» en los países europeos, especialmente para referirse como había hecho Lenin a las «naciones oprimidas» por las dominantes como habían sido Rusia sobre Polonia o Gran Bretaña sobre Irlanda.

Es muy probable que planteando de entrada la cuestión claramente lejos de la *vulgata* establecida por la IC sobre el tema el Amauta pudo suscitar desaprobación por parte de los delegados pero, sorpresa aún mayor, provoca el hecho de que Mariátegui, después de citar al eminente sociólogo italo-suizo Vilfredo Pareto, en un excelente texto sobre y contra el racismo (del «blanco europeo inglés, alemán, belga, italiano», hacia los africanos y el resto del mundo *no euro-blanco*) cita nada menos que a Bucharin, pero no el político bolchevique que acababa de caer en desgracia, sino el autor de *La théorie du matérialisme historique* (de 1921) de cuyo ensayo el peruano comparte el concepto fundamental según el cual *no* existen razas que no sean «*históricamente determinadas* por las relaciones entre sociedad y naturaleza, es decir, por el estado de las fuerzas productivas. Por tanto –concluye Mariátegui en acuerdo con Bucharin– la teo-

49. J.C.Mariátegui, «Nota del Autor sobre su actividad y textos», ahora en *Ideología y política*, op.cit., p.348.

ría de las razas *no* explica absolutamente las condiciones de la evolución social. Aparece aquí claramente que hay que comenzar su análisis por el estudio del movimiento de las fuerzas productivas». ⁵⁰

Repitamos: la cuestión «racial» y la «cuestión nacional» son histórica y socialmente determinadas por la relación que se establece entre las fuerzas productivas en su conjunto, y sólo la transformación del modo socio-económico de producción puede cambiar la colocación de las distintas etnias indígenas del Ande en el conjunto nacional de la sociedad peruana, o boliviana, ecuatoriana. De tal suerte –le explica Mariátegui a los participantes europeos y latinoamericanos en su texto comentado por Pesce– que «la crítica marxista tiene la obligación impostergable de plantearlo [el problema de las razas] en sus términos reales, desprendiéndolo de toda tergiversación casuista o pedante». Es por ello que las transformaciones que llevarán al socialismo en Perú arrancan desde la experiencia de las «comunidades indígenas».

La clase obrera urbana *no* puede ser la guía avanzada del movimiento de liberación de los indígenas y de su condición *desde afuera*. La penetración de las ideas socialistas es posible, advierte el Amauta, si se considera *realísticamente* que «el indio quechua o aymara ve a su opresor en el *misti* blanco y en el mestizo. Únicamente la conciencia de clase es capaz de destruir el hábito del desprecio, de la repugnancia por el indio». Las comunidades indígenas deben generar y tutelar sus propias «vanguardias revolucionarias» forjadas en la acción contra el «gamonalismo», la opresión económica y social de «*la feudalidad*». «Los indios campesinos no entenderán de veras sino a individuos de su seno que les hablen su propio idioma».

Los delegados de la Internacional no perciben la dimensión política de la complejidad de los razonamientos histórico-culturales de los socialistas peruanos y para evitar que las otras delegaciones latinoamericanas los puedan razonablemente compartir, vienen desde un comienzo rechazados, aislados de manera prudencial. Como veremos, las acusaciones y los *usos* indebidos de Mariátegui, que fueron tantos, darían para compilar una crónica de la «ideología soviética» y luego de «ideología maoísta» sobre (y contra) la revolución socialista en América Latina desde el Perú del Amauta o la Argentina de Justo llega hasta la revolución cubana y el golpe militar contra Allende. ⁵¹

50. J.C.Mariátegui, Tesis sobre «El problema de las razas en América Latina», en *Ideología y política*, op.cit., p.356. Respecto a Pareto debe recordarse que fue un autor muy importante para Sorel, especialmente para las *Réflexions sur la violence* (aparecidas en la prensa a partir de 1906) en parte inspiradas en *Les systèmes socialistes* (Giard Briere, Paris 1902). En el número especial de su revista *Rivoluzione Liberale* (del 14 de diciembre de 1922) dedicado a Sorel, Piero Gobetti publica un escrito de Pareto sobre «Sorel». Acerca del estrecho vínculo intelectual entre Sorel y Pareto, remito a Marco Gervasoni, *Georges Sorel, una biografia intellettuale. Socialismo e liberalismo nella Francia della belle époque*, edizione Unicopli, Milan 1977, pp.170-181 y pp.308-320. Mariátegui cita, y traduce el texto sobre el racismo etnocéntrico-blanco del *Trattato di sociologia generale* de Pareto en su primera edición de G.Barbera, 1916 y de Bucharin cita el texto que él manejaba de la traducción francesa (la original rusa apareció en 1921) cuyo subtítulo era *Manuel populaire de sociologie marxiste*, Editions sociales internationales, Paris 1927.

51. Ideologías a menudo vinculadas primero, y opuestas después, en varios países de América Latina y en Perú, como es el caso de la «antología» de artículos de Mariátegui preparada en 1967 por el Comité Central del Partido Comunista de Perú (con el título *La organización del proletariado*, ediciones Bandera Roja), con la cual pretendían imponer la versión de un Amauta nada menos que precursor del PCP Sendero Luminoso y del «maoísmo» en los Andes.

El texto sobre «El problema de las razas en América Latina» fue presentado en la sesión del 8 de junio. Pesce, a nombre del grupo socialista peruano y «representante personal» de Mariátegui abrió la reunión con las palabras que vale la pena recordar en esta oportunidad porque reflejan la importancia (y la enorme novedad para la Comintern) del tema que iba a tratar. «Compañeros: es la primera vez que un Congreso Internacional de los Partidos Comunistas dedica su atención en forma tan amplia y específica al problema racial en América Latina. La tarea de nuestro Congreso, por lo que a este punto se refiere, consiste en estudiar objetivamente la realidad y enfocar, según los métodos marxistas, los problemas que ella encierra, para poder llegar a una solución revolucionaria a través de una táctica clara y eficiente, establecida para este caso particular de acuerdo con la línea general de la Internacional Comunista. Los elementos que nos permiten conocer la realidad en todos los aspectos de la cuestión racial, son principalmente de orden histórico y de orden estadístico. Ambos –llamaba la atención Pesce– han sido insuficientemente estudiados y dolosamente adulterados por la crítica burguesa de todas las épocas y por la criminal despreocupación de los gobiernos capitalistas. Sólo en estos últimos años asistimos a la aparición de unos estudios diligentes e imparciales, destinados a revelarnos en su auténtico aspecto los elementos que constituyen entre nosotros el problema racial. Recién han comenzado a aparecer los trabajos serios de crítica marxista que realizan un estudio de la realidad de estos países, analizan su proceso económico, político, histórico, étnico, prescindiendo de los moldes escolásticos y académicos y plantean los problemas actuales en relación con el hecho fundamental, la lucha de clases. Pero esta labor recién se ha iniciado y se refiere tan sólo a algunos países. Para la mayoría de los países de la América Latina –denuncia Pesce–, los compañeros delegados de los respectivos Partidos se han encontrado con material insuficiente o falsificado: así se explica cómo los aportes informativos a esta Conferencia hayan evidenciado necesariamente un contenido escaso y, en algunos casos, un carácter confuso en la orientación con respecto al problema de las razas [...]».

Para que se entienda mejor el alcance de este que Mariátegui defendía «como el realismo de una política socialista segura y precisa en la apreciación y utilización de los hechos a partir de los cuales [nos] toca actuar en estos países en los cuales la población indígena o negra tiene proporciones y roles importantes, que puede y debe convertir el factor revolucionario», transcribo las siguientes consignas o reivindicaciones «de los trabajadores indios o negros explotados» propuestas por Pesce en las «conclusiones y tareas fundamentales» y que los representantes de Moscú lograron –con evidente gran habilidad– que *no* se aprobaran:

I. «Lucha por la tierra para los que la trabajan, expropiada sin indemnización. a) Latifundios de tipo primitivo: fragmentación y ocupación por parte de las comunidades colindantes y por los peones agrícolas que las cultivan, posiblemente organizados en forma comunitaria o colectiva. b) Latifundios de tipo industrializado: ocupación por parte de los obreros agrícolas que los trabajan, organizados en forma colectiva. c) Los parceleros propietarios que cultivan su tierra quedarán en posesión de las mismas. II. Formación de organismos específicos: sindicatos, ligas campesinas, bloques obreros y campesinos, ligazón de estos mismos por encima de los prejuicios raciales, con las organizaciones urbanas. Lucha del proletariado y del campesinado indígena o negro, para las mismas reivindicaciones que constituyen el objetivo de sus hermanos de clase pertenecientes a otras razas.

Únicamente la lucha de los indios, proletarios y campesinos, en estrecha alianza con el proletariado mestizo y blanco *contra el régimen feudal y capitalista*, puede permitir el libre desenvolvimiento de las características raciales indias (y especialmente las instituciones de tendencias colectivas) y podrá crear la ligazón entre los indios de diferentes países [...].⁵²

Semejante análisis fundaba y exigía en su aplicación política concreta y cotidiana la formación de alianzas entre su partido socialista y otros movimientos sindicales o sociales que Mariátegui había concebido como protagonistas de (lo que podríamos decir), la «*vía peruana*» al socialismo, en el ejercicio internacionalista pero autónomo de la línea del Frente Único, sin la intención de importar otras experiencias desde Asia o desde Europa.

«El Frente Único no anula la personalidad, no anula la filiación de ninguno de los que lo componen. No significa la confusión ni la amalgama de todas las doctrinas en una doctrina única. El programa de frente único considera exclusivamente la realidad inmediata, fuera de toda abstracción y de toda utopía. Preconizar el Frente Único no es, pues, —explicaba Mariátegui haciendo referencia a la experiencia peruana al respecto— preconizar el confuisionismo ideológico. Dentro del frente único cada cual debe conservar su propia filiación y su propio ideario. Cada cual debe trabajar por su propio credo. Pero todos deben sentirse unidos por la solidaridad de clase, vinculados por la lucha contra el adversario común, ligados por la misma voluntad revolucionaria, y la misma pasión renovadora. El movimiento clasista, entre nosotros, es aún muy incipiente, muy limitado, para que pensemos en fraccionarlo y esconderlo. Antes de que llegue la hora, inevitable acaso, de una división, nos corresponde realizar mucha obra común, mucha labor solidaria. Tenemos que emprender juntos muchas largas jornadas. Nos toca, por ejemplo, suscitar, en la mayoría del proletariado peruano, conciencia de clase y sentimiento de clase. Esta faena —indicaba con lúcida precisión Mariátegui— pertenece por igual a socialistas y sindicalistas, a comunistas y libertarios. Todos tenemos el deber de sembrar gérmenes de renovación y de difundir ideas clasistas».⁵³

Volviendo a la Conferencia, lo cierto es que en vez de valorar en toda su objetiva e incuestionable consistencia las críticas de Pesce sobre «el carácter confuso en la orientación respecto al problema de las razas» y los argumentos de Mariátegui, y confundiendo la cuestión nacional en el Cáucaso o en los países eslavos o euroasiáticos «sin historia» con las «naciones» y «nacionalidades» de América Ibérica», Rabinovich y otros delegados se oponen a la resolución final basada en las Tesis expuestas por el peruano. Rechazo que culminará a los pocos meses con la aprobación, por parte del Partido (ahora «normalizado» como comunista peruano) de Ravines, del «principio de la auto-determinación de las nacionalidades»: «formar los Estados quechuas, ayamaras y otros» como base de los futuros Estados Soviéticos en los Andes integrantes de las «Repúblicas Soviéticas obreras y campesinas de América Latina» que también podrán incluir en otros países, otras «nacionalidades» de inmigrantes obreros y campesinos europeos.

52. Tesis sobre «El problema en las razas de América Latina» ahora en J.C. Mariátegui, *7 Ensayos*, edición citada del 2008 que incluye *Ideología y Política*, pp.403-404 (cursiva mía).

53. J.C. Mariátegui, «El 1º de mayo y el Frente Único», en *El obrero textil*, año 5, Nº 59, Lima 1 de mayo de 1924. Es suficiente observar con detenimiento otras experiencias de Frente Único para entender como la peruana tuviera sus insuperables especificidades, pero que, a su vez, *no* estaba en contra de la línea concebida a nivel internacional, como fue el caso de Italia sobre el que volveré citando a Gramsci. Pero cfr. Aldo Agosti, *La Terza Internazionale. Storia documentaria*, editori Riuniti, Roma 1974, Vol. II, pp.479-591 y siguientes.

«Únicamente bajo la dirección del Partido Comunista –escriben los dirigentes del Bureau Sudamericano con el consentimiento impuesto de los neo-comunistas peruanos–, el «Partido del proletariado de todos los pueblos del Perú, las masas indígenas podrán resolver los dos problemas centrales de su esclavitud: el problema agrario y el problema nacional, tal como lo resolvieron los pueblos secularmente esclavizados y atrasados de la Unión Soviética (Siberia, Uzbekistan, Kasakistan, Kirguizes, etc.)».⁵⁴

A esta idea que tanto me aparece como una suerte de *aggiornamento* de la segregación étnica establecida e impuesta en los Andes desde la época del virrey español Francisco de Toledo para las «*repúblicas/pueblos/naciones de indios*», que fue la base de la explotación colonial, los camaradas de la IC pensaban darle una formulación, no menos etnocéntrica con la constitución, casi en paralelo, de una especie de «*república de españoles*» (que así como fueron los «cristianos viejos» en la colonia vendrían a ser los «comunistas nuevos» pobladores de las imaginadas Repúblicas soviéticas latinoamericanas), de nacionalidades o incluso de «regionalidades» como es el caso de la pretendida aplicación (como veremos en Argentina) de la «autoderminación nacional» de los inmigrantes europeos en las provincias.⁵⁵

Los agentes soviéticos no entienden que en ese momento, de los casi cinco millones de habitantes que tiene Perú, casi cuatro vivían en comunidades indígenas en las zonas rurales. Partiendo de esa realidad, la consigna de Mariátegui era edificar, ir construyendo la *Nación* para –«peruanizar el Perú»–, respetando las diferentes etnias y sus comunidades en la perspectiva del socialismo contemporáneo. Los socialistas peruanos trataron en vano de explicar que fueron precisamente los dominadores/organizadores de las «*repúblicas de blancos*» de la época colonial (junto a los mestizos-blancos) quienes estaban vinculados a los poderes internacionales imperiales borbónicos y combatían con la segregación y la represión toda posible afirmación de las mayorías «nacionales» indígenas.⁵⁶

La combinación negativa de la concepción etnocéntrica de los teóricos de la Segunda internacional sobre las historias extra-europeas y la confusión que se establece en la Tercera internacional entre países coloniales o semi-coloniales en Asia y África, respecto a la especificidad andina de las comunidades de los «pueblos originarios» no sólo confirma la incapacidad teórica y política de los tercerinternacionalistas para estudiar *esta América Ibérica* –y la especificidad de la relación *etnia/clase/nación*–, sino también la necesidad que tenían, para poder controlar la conducción latinoamericana de la IC, de combatir el pensamiento de Mariátegui, que precisamente en los temas de las identidades etnico-

54. «La situación revolucionaria del Perú y las tareas del Partido Comunista peruano» (1932) en «Homenaje a José Carlos Mariátegui en el 50 aniversario de su muerte», número especial N 11 de *Socialismo y participación*, a cargo de José Aricó, op.cit., p.98. Obsévese que el número de «nacionalidades» reconocidas en la Unión Soviética, para el momento de este texto que propone la ignorante e infundada analogía con la situación peruana, era nada menos que de 190 (según el censo de 1926).

55. La propuesta será formulada por Rodolfo Ghioldi, en *Boletín Interno* (del Partido comunista argentino), año III, octubre 1933, pp.6 a 10. Una parte (sólo lo que conocemos por haber sido publicado) de la respuesta de Rabinovich a Pesce está en las Actas de la Conferencia en *El movimiento revolucionario latinoamericano*, Buenos Aires, ediciones de la Correspondencia Sudamericana, 1929, pp.298-299.

56. Sobre lo cual remito a las consideraciones de Heraclio Bonilla, *Metáfora y realidad de la Independencia en el Perú*, Fondo Editorial del Pedagógico de San Marcos, Lima 2007 y para entender la continuidad/ruptura de esas condiciones históricas remito al esclarecedor ensayo de Ramón Pajuelo, *Participación política indígena en la Sierra peruana. Una aproximación desde las dinámicas nacionales y locales*, Instituto de Estudios peruanos, Lima 2007.

raciales, culturales e institucionales Indoamericanas y Afroamericanas, había dado una contribución insoslayable para la recuperación de la tradición histórica, de larga duración, como base de la presente-futura revolución socialista en Nuestra América.

Tales fueron los razonamientos no entendidos por los delegados de la IC y rechazados de plano bajo la insistencia de los sostenedores de la tesis estalinista de las «nacionalidades autónomas», que fue definitivamente impuesta después de la muerte de José Carlos y que partiendo del mundo andino se trató de generalizar al resto de América Latina, casi repitiendo lo que los soviéticos habían extendido a casi doscientas «nacionalidades» (en la URSS). Vale la pena citar aquí el texto (publicado en la revista del Partido Comunista Argentino, *Boletín Interno*, N° 18, octubre 1933) de uno de los mayores teóricos del antimariateguismo y defensor de la línea ultraizquierdista del «social-fascismo». Se trata de Rodolfo Ghioldi que estando en Moscú en diciembre de 1927 gestiona la denuncia y la marginación del ya citado Penelón y a su grupo acusados de «actividad fraccional» a quien además sustituyó en el puesto de editor de la revista *La Correspondencia Sudamericana* (1928). Participa, al año siguiente a los trabajos del VI Congreso de la IC y es elegido miembro de su Comité Ejecutivo en cuya calidad es uno de los organizadores de la Conferencia de Buenos Aires, a la cual, no participa por encontrarse enfermo en Moscú. Teórico y práctico del sectarismo socialfascista entiende el problema de las identidades nacionales latinoamericanas a la luz de las ya celebradas teorizaciones de Stalin y de la expansión creciente de la clase obrera –incluso la que estaba emigrando desde Europa a Argentina en esos años– como clave de la formación de la base social de las futuras Repúblicas Soviéticas de América Latina.

El texto es un resumen (obvia y prudentemente censurado respecto a datos y nombres) de la «introducción a una reunión conjunta de órganos dirigentes» de los comunistas argentinos. Tras haber reconocido –atacando la política antiimperialista del *Frente Unido* como había sido la sostenida por Mariátegui y Penelón– que el Partido «no ha sabido todavía suscitar y organizar un vasto movimiento revolucionario anti-imperialista de masas», llama la atención sobre el hecho de que en Argentina como en casi todos los países latinoamericanos nos encontramos frente a «la opresión nacional dentro de las propias fronteras» (de los Estados nacionales). Con lo cual se reconoce que existen una serie de posibles emancipaciones de esas «nacionalidades oprimidas» que tienen derecho –sobre la base del modelo soviético– a su «autodeterminación». De allí que –especula Ghioldi– «el argumento de que la autodeterminación inclusive, hasta la separación, constituye el caos y el despedezamiento (como lo pretende la socialdemocracia contra el leninismo), es sólo un argumento típico de los defensores del mantenimiento de la opresión nacional».

Esta es la premisa del todo euroasiática para atacar a la concepción mariateguiana de la especificidad andina de la lucha antiimperialista por el socialismo: «la burguesía trata de hacer desaparecer la cuestión de razas. Los comunistas, en cambio, no reconocemos [la existencia de una] cuestión racial, sino de una cuestión nacional: la opresión política sufrida por las nacionalidades oprimidas, sujetas por la violencia a la dirección de un Estado de otra nacionalidad, a sus fronteras».

En los lugares adonde se había ubicado, la «mano de obra extranjera europea ha alcanzado –explica Ghioldi– el 60% de la población útil», con lo cual estamos frente a un fenómeno muy importante para «nuestro partido» (que era, no se olvide, la «Sección ar-

gentina de la Internacional Comunista) al introducir elementos nuevos y «exógenos» en «el problema nacional», no sólo en Buenos Aires sino «también en provincias como Misiones, Santa Fe o Chaco». ⁵⁷

Esta elemental confusión entre la cuestión de las razas en el *nacionalismo* hispanoamericano y la política del imperialismo Usa («un Estado de otra nacionalidad») por ejemplo en Centroamérica en contra de Sandino con la ocupación de Nicaragua, con la de las oligarquías «liberal conservadoras» de Hipólito Yrigoyen o Carlos Ibañez del Campo hacia los «Estados provinciales» en las repúblicas de Argentina o de Chile, tuvo gravísimas consecuencias que ratificaron la incompreensión de la «*realidad nacional y popular*» (étnica, social y cultural) en los países de América Latina del siglo pasado. No habían entendido que en América Ibérica nos advertía el Amauta, «la lucha antimperialista se presenta absolutamente vinculada a la lucha revolucionaria. El socialismo europeo se encuentra en la necesidad de sostener y apoyar las reivindicaciones antiimperialistas aunque *no* sea rigurosamente proletarias. El nacionalismo, que en las naciones de Europa tiene forzosamente *objetivos imperialistas* y por ende reaccionarios, en las naciones coloniales o semi-coloniales –insiste Mariátegui– adquiere una *función revolucionaria* [...]». ⁵⁸

Articulación entre el programa político del Frente Único y el antiimperialismo que para Mariátegui tenía como objetivo, a nivel internacional y respecto a Europa, «la revolución socialista». Dicho con sus palabras del año 1928: «la revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y llanamente la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: *antiimperialista, agrarista, nacionalista-revolucionaria*. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos». ⁵⁹

Debe añadirse que, por muchas razones todavía no suficientemente indagadas, la dificultad teórica de los comunistas latinoamericanos para aceptar y desarrollar políticamente la centralidad que había alcanzado a partir de los años '30 la relación antiimperialismo/«nación», fue constante también después de Mariátegui; incluso luego de la disolución de la Comintern que viene decidida en mayo de 1943 en ocasión de la victoria de Stalingrado cuando comienza a operar la fórmula política de colaboración con Occidente denominada de la Gran Alianza. Fórmula concentrada en la lucha al nazi-fascismo cuya gestación pública se realizó en ocasión de la «Reunión de los Partidos Comunistas del Hemisferio Occidental» convocada en Nueva York en Julio de 1939, que concluyeron con un Manifiesto firmado por Earl Browder (PC de EE. UU), Tim Back (PC de Canadá), Carlos Contreras Labarca (PC de Chile), Blas Roca (PC de Cuba), Hernán Laborde (PC de México), Juan Bautista Fuenmayor (PC de Venezuela), que sostenía que el enemigo principal no

57. Rodolfo Ghioldi, «La cuestión Nacional», en *Boletín Interno del PCA*, art. cit., p.6-7. Nótese que Buenos Aires era a la época con más de dos millones de habitantes la ciudad hispana más grande del mundo y la primera de Suramérica en la cual el predominio de las distintas etnias blanco-europeas de los inmigrantes «gringos» (respecto a los «gauchos», *mestizos, chusmas, negros y guarangos*) era bien consistente y evidente, como lo ha demostrado Camarero estudiando «*la polifonía roja*» constituida por trabajadores italianos, armenios, judíos, rusos, polacos, alemanes, eslovenos, húngaros, y lituanos en la capital, el gran Buenos Aires y en algunas Provincias. Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina. 1920-1935*, Siglo veintiuno editora Iberoamericana, Buenos Aires 2007, especialmente el cap. V «Extranjería e internacionalismo en la militancia obrera del Partido comunista».

58. J.C. Mariátegui, «El Congreso antimperialista de Bruselas», *Variedades*, 19 de febrero de 1927 (cursiva mía).

59. J.C. Mariátegui, «Editorial», *Amauta* N° 17, Lima, septiembre 1928.

era el imperialismo USA sino las «potencias fascistas» para cuya derrota se debía buscar «la unidad del pueblo de América Latina con el pueblo Norteamericano y la cooperación con el gobierno de Roosevelt para la aplicación consecuente de una política democrática de buena vecindad». También se sostenía la urgente necesidad de la lucha abierta y sistemática contra el trotskismo para que se lograra mantener «nuestro hemisferio libre del fascismo y de la guerra».⁶⁰

V. ENTRE LA «ACCIÓN VOLUNTARISTA DEL SOCIALISMO» Y LA «HEGEMONÍA POLÍTICA»: LA HERENCIA COMPARTIDA DE MARIÁTEGUI Y GRAMSCI.

En los días en que Mariátegui muere en Lima, Gramsci recibe la sentencia del «Tribunal especial» instituido –como farsa jurídica para justificar la eliminación de la oposición– por Mussolini que lo había condenado en junio de 1928 a 20 años, 4 meses y 5 días de cárcel. La orden del Duce, asumida y formulada por el fiscal fue categórica: «Durante veinte años debemos impedirle a este cerebro funcionar». Para la fuerza ética de Gramsci y la voluntad acerada que sostenía su conciencia política resultó ser una orden imposible de aplicar: ya el 8 de febrero de 1929 comenzó a escribir en el primero de los veintidós cuadernos en los cuales en las distintas cárceles en que estuvo fue vertiendo su pensamiento crítico.⁶¹

Mariátegui pues no conocía ni una de las casi tres mil páginas de reflexiones gramscianas. Sin embargo, desde que José Aricó y otros autores en América y en Europa, llamaron la atención acerca de las analogías entre los dos intelectuales-políticos y las condiciones históricas específicas (el Mediterráneo y los Andes, Italia y Perú) a partir de las cuales elaboraron la recepción/aplicación del marxismo, la relación Mariátegui/Gramsci no ha dejado de tener actualidad, a la vez que crece en los dos continentes la difusión de sus obras. Es más: son los dos únicos revolucionarios marxistas de las vastísima legión de los dirigentes de la época de la Tercera Internacional cuyo legado ha sobrevivido la coyuntura política en que vivieron y cuyo estudio, tal como ocurre con los autores que se vuelven «clásicos», sigue siendo actual, como fecunda, e indispensable propedéutica para «la acción socialista» en este comienzo de siglo.

En el Seminario internacional que organizamos (junto a José Aricó y a Juan Carlos Portantiero en el ámbito del Festival de *l'Unità* en la ciudad italiana de Ferrara en el año 1985) sobre «Las transformaciones políticas de América Latina: presencia de Gramsci en la cultura latinoamericana» fue analizada la *asincronía* en el debate entorno a Gramsci en América Latina, puesto que al innegable reflujo de su gravitación en esos años en Italia, correspondía su «descubrimiento» en el continente latinoamericano que facilitó, a su vez, la lectura y la difusión de la obra del Amauta en un contraluz o en un recíproco iluminarse entre ambas que trasciende las semejanzas «que aproximan –explica Aricó– de manera

60. Dando origen al uso ideológico y reaccionario, que iría desde un supuesto «fascismo criollo» que partiendo desde Yrigoyen llega hasta Perón y Vargas, así como a la valoración militar de la «amenaza nazifascista» en el continente. Pero léanse los tantísimos textos publicados entre los años 1920 y 1940, recopilados, y rigurosamente comentados por Andrés Bisso, *El antifascismo argentino*, Cedinci editores, Buenos Aires 2007.

61. Para colocar los *Cuadernos* en su orden no sólo cronológico sino sobre todo temático (y mejor entender las analogías con la metodología y el pensamiento e historiográfico de Mariátegui) sugiero el trabajo de Dora Kanoussi, *Una introducción a los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*, Universidad de Puebla, Plaza y Valdés editores, México 2000.

sorprendente las dos figuras y que las convierten en una suerte de vasos comunicantes en una reflexión mas general sobre las notas distintivas del marxismo latinoamericano». Tengo la impresión –comentaba Aricó retomando sus consideraciones de Ferrara– que la «insularidad» en que por motivos ideológicos y políticos coyunturales estuvo encerrada (para no decir silenciada) la herencia del Amauta entre los años del estalinismo y la Guerra Fría pudo ser finalmente rota «merced al afecto erosionante sobre una tradición firmemente constituida que tuvo el conocimiento de Gramsci.»⁶².

Lo cierto es que podemos fijar una periodización en la recepción/difusión tanto en la obra de Gramsci como la de Mariátegui en lo que respecta a América Ibérica que está condicionada (con diferentes variaciones según los países) por el desarrollo (o el estancamiento) de la perspectiva socialista así como se presentó en dos grandes momentos que fueron determinados por las fuerzas sociales, el «bloque histórico» que favoreció (o no) la posibilidad de construcción de una «hegemonía» para el socialismo. Tales momentos son, durante la Guerra Fría, el intento fracasado de repetir la experiencia guerrillera castrista en formas y contextos políticos nacionales e internacionales que no tenían casi nada que ver con el original «modelo» del que surgió la revolución cubana o el intento político-institucional del socialismo de Allende, contradictoriamente apoyado por la Unidad Popular, que no pudo combatir adecuadamente la ofensiva militar, económica y política de la administración de Nixon plenamente comprometida en el fracaso del socialismo allendista puesto que su éxito podía romper (a favor de la URSS) el equilibrio bipolar que (con la solución de la crisis de los misiles en 1962) se había determinado en las distintas zonas de influencia en Occidente.⁶³

Hoy, en este comienzo de siglo, el socialismo en Perú y en Suramérica constituye la perspectiva para la cual la enseñanza de Mariátegui es, –vaya paradoja de las andanzas imprevisibles de la historia –todavía más actual de cuando él nos dejó en vísperas del dominio generalizado de los sistemas totalitarios en Europa y de las dictaduras militares en casi toda Suramérica. Partamos, ante todo, de sus observaciones sobre el socialismo británico –pero más en general sobre la relación reforma/revolución, capitalismo/socialismo– derivadas de la constatación de que no cabe duda, «contra lo que puedan sofisticar

62. José Aricó, ¿»Por qué Gramsci en América Latina?», en *La cola del diablo, itinerario de Gramsci en América Latina* (1988), prólogo de Emilio de Ipola, Siglo XXI, Buenos Aires 2005, p.160. Aricó reconoce el mérito de Robert Paris en haber sido uno de los pioneros (precedido por el maestro Ruggiero Romano) en el estudio de la relación entre el sardo y el peruano con su ponencia en el coloquio de Culiacán (Sinaloa) sobre Mariátegui (de 1980) y publicada aparte: «Mariátegui y Gramsci: prolegómenos a un estudio contrastado de la difusión del marxismo», en *Socialismo y Participación*, Cedep, Lima N° 23 (Lima septiembre 1983, pp.31-54). Pero inclusive antes véanse las indicaciones de Antonio Melis, «Mariátegui, el primer marxista de América» (1967), ahora en Id. *Leyendo Mariátegui 1967-1998*, editorial Amauta, Lima 1999; César Lévano, «Gramsci y Mariátegui» en *Regionalismo y centralismo*, editorial Amauta, Lima 1999. Sobre el carácter precursor (respecto a la aplicación de Marx a América Latina, a la par de Gramsci en Italia) de Mariátegui estudioso de la relación *feudalismo/capitalismo* en Perú (y sus concretas variaciones «expoliación feudal burguesa»; «intereses feudales del latifundio»; «feudalidad»; «capitalismo anglosajón/capitalismo peruano»; «estadio imperialista del capitalismo», etc), en cuanto relación determinante para la comprensión de su proyecto de socialismo remito al análisis de Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial: ensayo de historia comparada de América* (Buenos Aires 1949) y A.Filippi, *Teoría e Storia del Sottosviluppo Latinoamericano*, Jovene Editore, Nápoles 1980 (2 vols), vol. I, pp.114-136 e Id. «Las Américas para Marx» en A.Filippi, *Instituciones e Ideologías en la Independencia Hispanoamericana*, prólogo de José Aricó, Alianza editorial, Buenos Aires 1988.

63. Cfr. A. Filippi, las Voces «Crisi dei missili a Cuba» y «Unidad Popular» en *Dizionario del Comunismo*, op. cit. Vol. I y II

reversionistas y confusionistas tan baratos como pedantes, que, por vía del capitalismo y sus instituciones, empírica y doctrinalmente, se marcha hacia el socialismo. Lo que no quiere decir absolutamente –añade Mariátegui en contra de los determinismos evolucionistas de la época–, que antes de que el proletariado adquiriera conciencia de su misión histórica, y se organice y discipline políticamente, el socialismo sea posible».

Para concluir con estas indicaciones programáticas, actuales entonces como ahora, para plantearse con «realismo revolucionario» el proyecto de emancipación socialista: «la premisa política, intelectual, no es menos indispensable que la premisa económica. No basta la decadencia o agotamiento del capitalismo. El socialismo no puede ser la consecuencia automática de una autonomía de una bancarrota; tiene que ser el resultado de un tenaz y esforzado trabajo de ascensión».⁶⁴ Sumando, en su momento histórico peruano (y latinoamericano) la experiencia tanto de Marx como de Lenin, para Mariátegui la lucha por el socialismo debía partir de las condiciones históricas propias y específicas de cada realidad, pero, al mismo tiempo, debía contemplar la necesidad, para organizarse políticamente y potenciarse, con la militancia tenaz y esforzada de quienes con «convicción heroica y creadora», entiendan y ejerzan día a día «*la acción voluntarista del socialismo*». José Carlos insistía polemizando en contra «de aquellos intelectuales que se entretienen en roer la bibliografía marxista, [para] exagerar interesadamente el determinismo de Marx y su escuela con el objeto de declararlos, también desde este punto de vista, un producto de la mentalidad mecanicista del siglo XIX» y resaltaba como «Marx no podía concebir ni proponer sino una política realista y, por esto, extremó la demostración de que el proceso mismo de la economía capitalista, cuanto más plena y rigurosamente se cumple, conduce al socialismo; pero entendió, siempre como condición previa de un nuevo orden, la capacitación espiritual e intelectual del proletariado para realizarlo, a través de la lucha de clases».

Para concluir con la siguiente advertencia metodológica: «El carácter voluntarista del socialismo no es, en verdad, menos evidente, aunque sí menos entendido por la crítica, que su fondo determinista». En la construcción del socialismo, de las luchas de los movimientos sociales que lo promueven, «en ese proceso [histórico], cada palabra, cada acto del marxismo tiene un acento de fe, de voluntad, de convicción heroica y creadora, cuyo impulso sería absurdo buscar en un mediocre y pasivo sentimiento determinista».⁶⁵

Así como había ocurrido en la práctica política de los años Treinta para Gramsci (con Mussolini al poder en Roma y Stalin en Moscú) que tuvo que re-formular los términos y la perspectiva de la revolución en Italia partiendo de la constatación de una serie de brutales derrotas, así, el pensamiento de Mariátegui nos puede permitir el relanzamiento de la «acción socialista» partiendo del presente histórico acumulado hasta este comienzo de siglo en Suramérica, después de la muerte del comandante Che Guevara y del presidente Allende y de las decenas de guerrilleros en los campos y en las ciudades de casi toda América Latina y de los miles de «desaparecidos» por las dictaduras genocidas.

64. «Posición del socialismo británico», *Defensa del marxismo. Polémica revolucionaria*, ahora en *Mariátegui Total*, 2 vols. (edición a cargo de Sandro Mariátegui Chiappe), Lima 1994, vol. I, p.1313.

65. «El determinismo marxista», *Defensa del marxismo*, op.cit. en *Mariátegui Total*, op.cit., p.1307.

Con una diferencia entre los tiempos históricos y biográficos de los dos líderes: mientras Gramsci fue protagonista de primer plano en su país y en la Comintern sobre todo hasta el año 1923 de la línea política que fracasó en el intento de realizar como en Rusia la «*Repubblica Soviettista italiana*», Mariátegui en cambio, hasta el final de sus días razonó y actuó para evitar que el socialismo en Perú abortara antes de poder radicarse, aplicando tácticas que eran inadecuadas o coyunturalmente improponibles en/para la gestación social y política de la revolución.

De igual manera debe reconocerse que fue mérito de Gramsci (contrariamente a la mayoría de los funcionarios de la Comintern) haber entendido y denunciado que algo muy serio estaba fallando en la propagación (tan esperada) de la Revolución hacia Occidente. Después de la reunión del Ejecutivo ampliado de la Internacional (junio 1923) escribe: «La táctica del Frente Único [la misma que había compartido Mariátegui], planteada con bastante precisión por los *compagni* rusos, sea en términos técnicos que como la línea general y en sus aplicaciones prácticas, no ha encontrado en *ningún país*, partido y hombres que hayan sabido llevarla a la práctica [...]. Evidentemente todo ello no puede ser casual. Hay algo –constataba con vigor crítico Gramsci– que no funciona en todo el campo internacional y hay una debilidad y una deficiencia en la Dirección del socialismo [...]».⁶⁶

Por otra parte, si la historia condiciona los tiempos y los modos de la revolución futura no es menos cierto que la voluntad individual y colectiva permite afrontar y cambiar ese condicionamiento objetivo en el cual uno se encuentra. Para Gramsci, incluso en y desde la cárcel, es posible y necesario pensar la derrota, para revertirla, para fijar las nuevas metas de lucha para que la revolución vuelva a ser actual, superando la precariedad teórica y práctica demostrada por quienes fueron (fuimos) incapaces de formar un «bloque histórico» de fuerzas sociales, de «voluntad colectiva» («nacional-popular», diría en sus términos y, con Mariátegui) para el socialismo, permitiendo la continuación del dominio de las clases hegemónicas y la subordinación de las dominadas.

Adquiere así todo su significado el intento repetido por Gramsci con heroica anónima constancia de pensar sin ilusión alguna –desde la soledad de la reclusión y manteniendo bien presente «*el mundo grande y terrible*»– el proyecto de la (nuevamente) futura revolución italiana y europea. Era un lúcido intento motivado por su «*realismo activo*», para citar la sentencia que él saca de Machiavelli, y asume como expresión de su estado de ánimo y consigna ética de su «serenidad estoica», sintetizada en estos dos sentimientos (que los contiene y los supera) y lo hacen vivir y pensar: de ser «*pesimista con la inteligencia, pero optimista con la voluntad*»: tal como se lo explica confidencialmente en una carta a la cuñada Tatiana Schucht el 16 de diciembre de 1929.⁶⁷

66. Antonio Gramsci, *La costruzione del Partito Comunista 1923-1926*, a cargo Elsa Fubini, Einaudi, Turin 1971, p.112 (cursiva mía) y sobre la posición de Gramsci durante la denominada «fase intermedia» (1924-26) remito a las decisivas consideraciones historiográficas y políticas de Angelo Rossi y Giuseppe Vacca, *Gramsci tra Mussolini e Stalin*, Fazi editore, Roma 2007, p.112 y siguientes.

67. «Carta de Antonio Gramsci a Tatiana Schucht del 16 de diciembre de 1929», *Lettere 1926-1935*, a cargo de Sergio Caprioglio y Elsa Fubini, Einaudi, Turin 1973, p.68 (cursiva mía). La luego famosísima frase atribuida a Roman Rolland y que fue retomada por Sorel –y por esta vía llega también a Mariátegui–, es una variación en torno a la concepción de la «voluntad de poder» en Nietzsche, como lo ha reconstruido Paolo Spriano y lo ha evidenciado Bartolo Anglani, *Solitudine di Gramsci, politica e poetica del carcere*, Donzelli editor, Roma 2007, pp.273-279.

Mariátegui y Gramsci fueron dos intelectuales políticos que partiendo de las particularidades sociales y culturales de sus países supieron valorizarlas, y considerarlas en sus análisis como el anclaje del proyecto mismo de revolución: «*cuestión meridional*» en la Italia del sardo Gramsci y la «*cuestión indígena*» en el Perú del mestizo Mariátegui se vuelven algunos de los pilares esenciales para la fundación teórica y organizativa del socialismo italiano y andino.

La posibilidad de pensar para Mariátegui y para Gramsci la revolución en sus *dos* diferentes Occidentes, tan «cercano» a Moscú para el italiano, bien lejano para el peruano, marca la reflexión en torno a las diferentes líneas que hay que seguir respecto al leninismo. Si bien ambos entienden el sentido de la línea «*táctica del Frente Único*», (Gramsci militando en ella como protagonista en primera fila y Mariátegui como simpatizante activo en la segunda) comprenden igualmente que debe ser articulada y aplicada, caso por caso, adaptándola a las realidades/particularidades nacionales. Gramsci retoma en los *Cuadernos* esta revisión del leninismo (que el peruano probablemente hubiera compartido con él) en un texto que se volvió famoso escrito en los días que preceden y siguen la muerte de José Carlos: «En Oriente el Estado lo era todo, la sociedad civil era primordial y gelatinosa; en Occidente entre Estado y sociedad civil había una relación proporcionada y en el tambalear del Estado se podía observar de inmediato una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado era sólo una trinchera avanzada, detrás de la cual había una robusta cadena de fortificaciones y casamatas; en mayor o menor medida entre un Estado y otro [Estado], pero ello exigía precisamente un cabal reconocimiento de *carácter nacional*».

La reflexión gramsciana partía de la observación de la dinámica militar propiamente dicha aplicada durante la larguísima primera guerra que tuvo enorme repercusión en la «invención» que él hace de la metáfora sobre la relación táctica/estratégica para el futuro de la revolución en Occidente *después* del reflujo y la caída de las expectativas al final de los años veinte. «Me parece que Ilich [Lenin], –explica Gramsci– había comprendido que era necesario pasar de la guerra de maniobra [o frontal], aplicada victoriosamente en Oriente en 1917, a la guerra de posición que era *la única posible en Occidente* donde [...], en breve espacio los ejércitos podían acumular interminables cantidades de municiones, donde los cuadros sociales eran de por sí todavía capaces de transformarse en trincheras muy provistas. Me parece –concluye su interpretación «política» de la «guerra de posición»– que éste es el significado de la fórmula <<frente único>> [...].»

Así, como hemos sacado enseñanzas meditando sobre la guerra y el paragón/contraste entre guerra maniobrada y guerra de asedio así debemos hacerlo –explica Gramsci– «en la ciencia política en los Estados industrialmente y civilmente más avanzados [en Occidente] en los cuales la <<sociedad civil>> se ha vuelto una estructura muy compleja, capaz de resistir a las <<irrupciones>> catastróficas del elemento económico (crisis, depresiones, etc): las superestructuras de la sociedad civil –anota para nosotros Gramsci– son como el sistema de las trincheras en la guerra moderna».⁶⁸

Se trata del párrafo sobre «Guerra de maniobra [de ataque frontal] y la guerra de posiciones de [asedio o cerco] en Oriente y Occidente» comparación aparentemente

68. Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, (edición crítica a cargo del Instituto Gramsci), Einaudi, Torino 1975, p.866-67 y *Cuaderno* 6 y 7 párrafos 138 y 16, p.866 y 877 (cursiva mía)

geográfica que, en cambio, debe entenderse como una categoría morfológico-política en varios sentidos, decisivos para la analogía con Mariátegui. Ante todo después de la revolución leninista y la «momentánea» derrota de la revolución en Alemania, Italia, etc. (o de su <<in-actualidad>> en Perú) era preciso pasar de la frontal «guerra de maniobra» a la «guerra de posiciones»; transición operativa, tránsito político de larga duración con el posible sucederse de «*crisis orgánicas*» que debe comprenderse como referido no sólo a Europa, y a la construcción del socialismo en las nuevas condiciones dadas, incluyendo *todas* las derivadas de la necesidad de un <<cabal reconocimiento del carácter nacional>> de las mismas, en América Ibérica o en Perú. Como Gramsci, Mariátegui está políticamente consciente de que en Occidente el «mito» de la revolución de Lenin que inflamó a las «nuevas generaciones» había cumplido su ciclo histórico, si bien se debía estar en la «espera de factores que preparan una nueva ofensiva revolucionaria».

«La fuerza que mantuvo viva, hasta 1923 con alguna intermitencia, la esperanza revolucionaria no era, pues, la voluntad romántica de reconstrucción [en Europa después de la guerra mundial], la inquietud tumultuaria de la juventud en severa vigilia; era – escribe Mariátegui evocando los acontecimientos que en parte observó directamente– la desesperada lucha del proletariado en las barricadas, en las huelgas, en los comicios, *en las trincheras*. La acción heroica, operada con desigual fortuna, de Lenin y su aguerrida facción en Rusia, de Liebknecht, Rosa Luxemburg y Eugenio Levine en Alemania, de Bela Kun en Hungría, de los obreros de la Fiat en Italia hasta la ocupación de las fábricas y la escisión de las masas socialistas en Livorno».⁶⁹

Gramsci entiende –y Mariátegui hubiera acordado– que Italia (junto con Polonia, España y Portugal) formaba parte de los denominados «Estados periféricos» (*no* centrales como Inglaterra, Francia o Alemania, pero tampoco orientales, o de las naciones todavía *sin* estado o inclusive, de los que son los parias de la tierra: «*los pueblos sin historia*») entre los cuales, en América Latina probablemente estarían México, Argentina, Brasil o Perú.

El objetivo, en la perspectiva del socialismo, de entablar la «guerra de posición» en los Estados periféricos y de dar inicio a la construcción de la «hegemonía» (razona Gramsci en una nota para una discusión preliminar a la reunión del Comité Directivo de su partido de comienzos de agosto de 1926), debe partir del reconocimiento de que «en estos países entre el proletariado y el capitalismo se extiende un amplio estrato de clases intermedias que quieren, y en cierta medida logran, llevar una política propia, con ideologías que a menudo influyen sobre vastos estratos del proletariado pero que tienen una particular sugestión sobre las masas campesinas».

Gramsci –con agudeza no doctrinaria– se refiere, y esta es otra analogía con Mariátegui, a los espacios sociales de la «autonomía» de la política adonde actúan sectores de subordinados o de «clases intermedias» cuyo rol es fundamental encontrándose como se encuentran ubicados entre «las fuerzas revolucionarias y las fuerzas burguesas». «La

69. J.C.Mariátegui, «El mito de la Nueva generación», *Defensa del marxismo*, en *Mariátegui Total*, op.cit., p.1321 (cursiva mía). No deja de sorprender (a mi mucho) que como Gramsci, Mariátegui usa la misma palabra «*trinchera*» porque él también describe la condición material en la que se consumó trágicamente la guerra mundial (especialmente después de la batalla del Marne, en septiembre de 1914) y cuya experiencia le permite a Gramsci concebir la metáfora de la acción política concentrada en la táctica de la guerra de «asedio», «cerco» y «posición» para el re-lanzamiento del socialismo en Occidente.

política está siempre en retardo, y en gran retardo respecto a la economía»: esta paradoja del marxismo clásico en los análisis de los «*Estados de capitalismo avanzado*» adquiere ulteriores peculiaridades en los «*Estados periféricos*». En éstos, entre otras consecuencias, se produce la siguiente: «aún en las crisis económicas gravísimas no tienen repercusiones inmediatas en el campo político.[...] El aparato estatal es mucho más resistente de lo que a menudo suele creerse y logra organizar, en los momentos de crisis, fuerzas fieles al régimen, y más de lo que podría hacer suponer la profundidad de la crisis». El errado análisis de la colocación social y la conducta de las «clases intermedias», nos llevó –explica autocráticamente Gramsci reclamando la urgencia de pasar desde la ya imposible «guerra de movimiento» a la necesaria «guerra de posición»– «a la debilidad de nuestro movimiento [comunista], debilidad que por otro lado tenía de por sí un significado bien preciso, [dado que] el fenómeno es interrumpido por el fascismo, y las clases medias quedan rechazadas en una nueva pulverización política»⁷⁰

Ahora, en ese mismo año de 1930 en el cual se completa la defenestración/sustitución de la dirigencia encabezada por Mariátegui en su ex-partido socialista, la posición de Gramsci es fundamentalmente *opuesta* a la línea dominante del «socialfascismo»: la que considera a los socialistas como «socialfascistas». Al contrario, y casi previendo los resultados catastróficos que se habrían originado aplicando esa línea en todo Occidente (en acuerdo con la bolcheviquización estalinista de los partidos), Gramsci está comenzando a re-elaborar el concepto de *hegemonía*, inicialmente acuñado por Lenin. En efecto, la innovación conceptual aparece anotada en febrero de 1930 (en el párrafo 44 del *Cuaderno primero*) pero la fórmula ya no es la usada por Lenin: «hegemonía del proletariado» (y que él también había empleado hasta 1924/26). La novedad consiste en que el concepto mucho más amplio, es el de «*hegemonía política*» y se acuña para subrayar la necesidad de que, la hegemonía debe ser, mano a mano conquistada «antes de la llegada al gobierno», elaborada en la práctica cultural y política de la lucha de clases en la «sociedad civil» y *no* a través del poder del Estado para ejercerla *después* de la toma del poder. La primera formulación es textualmente la siguiente: «Puede y debe existir una *hegemonía política*. También antes de la llegada al gobierno y no se debe contar sólo con el poder y sobre la fuerza material que él confiere para ejercer la dirección [del poder] a la hegemonía política».

Poco después en el *Cuaderno sexto* (redactado entre marzo y agosto de 1931) el término «hegemonía» aparece, por vez primera, como título de párrafo: «*Hegemonía (sociedad civil) y división de los poderes*», en el cual explica cómo a la moderna división constitucional de los poderes corresponde una análoga y diferenciada forma de ejercicio de la «hegemonía política». «Naturalmente los tres poderes son también órganos de la hegemonía política, pero en distinta medida: 1) Parlamento; 2) Magistratura; 3) Gobierno», en los cuales, de manera diferente «el Parlamento está más ligado a la sociedad civil, el poder judicial se encuentra entre el Gobierno y el Parlamento y representa la continuidad de la ley escrita (inclusive en contra del gobierno)».

70. Antonio Gramsci, «Un examen de la historia italiana» (2-3 de agosto de 1926) pero publicado por el partido Comunista italiano sólo en 1967 en su revista teórica *Rinascita*, el 14 de abril; en español en Id. *Escritos políticos (1917-1933)*, a cargo de Juan Carlos Portantiero, ediciones de Pasado y Presente, Siglo XXI editores, México 1977, pp.286-287.

De tal suerte que en el combate para construir, en y con el consenso de las clases trabajadoras y campesinas, así como de los «grupos subordinados», la «hegemonía política» debemos ubicarnos estratégicamente en la «guerra de asedio, compleja, difícil, en la que se exigen cualidades excepcionales de paciencia y de espíritu inventivo». Como lo había hecho en vida Mariátegui ahora también Gramsci en la cárcel critica las ilusiones del tacticismo de las minorías «vanguardistas» externas a «las organizaciones populares». En efecto, «la guerra de posiciones en política corresponde al concepto de hegemonía, que sólo puede surgir con el logro de ciertas premisas, es decir, de las grandes organizaciones populares de tipo moderno [el partido político], que representan como las <<trincheras>> y las fortificaciones permanentes de la guerra de posiciones».⁷¹

No solamente está errada la concepción sectaria y suicida del «socialfascismo» –que con el fracaso político condujo a la muerte a decenas y decenas de militantes– sino que hay que ampliarla y profundizar la línea del «frente unido» re-elaborándola a la luz de las exigencias y realidades «nacionales» como base del combate en/con las «trincheras». Se perfila así la estrategia revolucionaria gramsciana, en creciente coincidencia con la que dejó en herencia Mariátegui, más allá del uso de las específicas categorías inventadas (o repensadas) por Gramsci: la construcción de una hegemonía, en la cual el nexos estructura-superestructura y la autonomía de la política tienen roles esenciales, así como la relación sociedad civil/sociedad política, objetividad/subjetividad, mito político, voluntad nacional-popular, reforma intelectual y moral, etc., condiciones y etapas de la construcción del consenso para generar, consolidar y extender la hegemonía política para el socialismo *antes* de la conquista del gobierno.

Nosotros –piensan, desde sus distintos Occidentes, Mariátegui y Gramsci– estamos obligados a revisar la táctica del Frente único *después* de Lenin. Es decir, debemos pasar desde «una guerra de movimiento victoriosa en Oriente en el año 1917» a una nueva e inédita «guerra de posición en Occidente», en un período histórico de «revolución política» cuya duración no podemos calcular a los dos lados del Atlántico. Como lo había hecho Mariátegui, también Gramsci con los instrumentos teóricos que le imponen la comprensión de la realidad *italiana* (no asimilable a otras del centro de Europa) reconoce que «Ilich [Lenin] no tuvo tiempo de profundizar la fórmula <<frente único>>», considerando además que él hubiera podido profundizarla *sólo* teóricamente, mientras que la tarea fundamental era *nacional*, es decir, exigía el reconocimiento [*ricognizione*] del terreno para poder establecer los elementos [que se encuentran en él] de trinchera y de fortificaciones representados por los elementos de la sociedad civil, etc.».⁷²

Cabe entonces preguntarnos ¿Debemos considerar a Mariátegui como anticipador de las reflexiones de Gramsci en los *Cuadernos*? ¿O, a Gramsci, como continuador del Mariátegui de los *7 Ensayos* y de las Tesis de la conferencia de Buenos Aires? Ni uno, ni lo otro. Pensada en Occidente por Marx y excepcionalmente traducida en Oriente por Lenin como la «toma del cielo por asalto» la revolución, con Mariátegui y con Gramsci,

71. Antonio Gramsci, *Quaderni del Carcere*, op.cit., p.41. Pero si se quiere tener una visión de conjunto, véase la introducción de Vacca, «Per una biografia a Antonio Gramsci, *Nel mondo grande terribile. Antologia degli scritti 1914-1935*, a cargo de Giuseppe Vacca, Einaudi, Turin 2007. Sobre las complejas y distintas acepciones del término (y del concepto) de hegemonía en Gramsci remito al artículo «Egemonia» en *Le parole di Gramsci. Per un léssico dei Quaderni del carcere*, a cargo de Fabio Frosini y Guido Liguori, Carocci editor, Roma 2004.

72. Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, op.cit., p.866 y 340 (cursivas mías).

vuelve a plantearse como una conquista social y política hegemónica, que se realiza partiendo de la realidad en la cual cada contemporáneo se encuentra inmerso, en la que Norberto Bobbio llamaba la «*la rozza materia*», la «materia bruta» que es la base de toda alfarería social, de toda utopía concreta, realizada por los hombres con el barro de la historia.⁷³ En una larga lucha de nuevos y sorprendentes escenarios entre «asedios» y «guerras de posición» en la construcción de una hegemonía «en las superestructuras de la sociedad civil [que] son como el sistema de las trincheras» y de las fortificaciones.

Para concluir les comento una última analogía que atraviesa sus vidas y está relacionada con un autor que ambos conocieron bien: Machiavelli. Gramsci primero y Mariátegui después, no sólo fueron «intelectuales», «consejeros del Príncipe», sino ellos mismos hombres públicos, dirigentes y secretarios generales de sus partidos. Mientras Machiavelli fue «una persona privada», un escritor que «nunca se propuso cambiar la realidad», Gramsci y Mariátegui fueron forjadores/organizadores del «moderno Príncipe», que ya no tiene como sujeto activo el duque Cesar Borja, «*chiamato popolarmente el Valentino, figliolo di papa Alessandro*» que había con «lo esemplo delle azioni sua» inspirado el celebrísimo «libro viviente» escrito por Niccoló (en el cual «la ideología política y la ciencia política se funden en la forma dramática del <<mito>>»), sino «*el príncipe colectivo*»: el partido político moderno (contemporáneo). Organización en la cual se concentra, y desde la cual se irradia, el ejercicio social y público de las luchas llevadas a cabo como expresión «compleja de la sociedad [y en el cual] tiene su comienzo el concretizarse de una voluntad colectiva reconocida parcialmente afirmada en al acción», como escribe en las *Noterelle sulla politica del Machiavelli* del Cuaderno treceavo. Partido que una vez constatadas las experiencias del «*dopo Lenin*», ya no podía ser conducido, mandado autocráticamente por un «*capo*», por un jefe máximo por cuanto fuese genial y carismático, sino que debía ser, nos plantea Gramsci, «un intelectual colectivo», capaz de construir, a nivel «nacional-popular», «un bloque histórico» para el socialismo que debía ser la síntesis práctica de «una voluntad colectiva», causa y efecto de la «*necesidad de la democratización del partido*» como había escrito Mariátegui refiriéndose al partido bolchevique despues de Lenin.

Por todo ello, la historiografía y la teoría política, entre Europa y América Ibérica nos indica –para no decir que nos impone– que el itinerario de las herencias de Gramsci y Mariátegui deben ser compartidas, para que no cultivemos la ilusión de aplicar e imponer teorías eurocéntricas o simplemente «*céntricas*» sin entender la dimensión tanto «nacional» (y pluriétnica y pluricultural que constituye la base de cada sociedad civil) como planetaria del desafío que nos aúna. Para el cual deberemos nosotros también hacer uso de la «*acción voluntarista del socialismo*» y «*la hegemonía política*» capaces de establecer la teoría y la práctica de un socialismo que sólo por la gran ignorancia y presunción llamamos, confusamente, «socialismo del siglo XXI» como si conociéramos de antemano la futura conclusión de esta centuria que recién comienza.

Alberto Filippi

Lima-Buenos Aires, Septiembre-Noviembre 2008

73. La metáfora de Bobbio se inspira en una reflexión de Boris Pasternak en *El doctor Zivago* (sobre la contradicción entre los altos ideales y las reiteradas negaciones «contra-utópicas» que se registran en las crónicas del mundo) y la desarrolla en *El Futuro de la Democracia* (1984), Fondo de Cultura Económica, México 1996, p.16. Pero cfr. A. Filippi «Repensar a Gramsci despues de los derrumbes comunistas. Consideraciones sobre socialismo y democracia a 70 años de su muerte.» (2007) en Id. *De Mariátegui a Bobbio*, op. cit.